

LA BALADA DEL NUNCA AMADO

CUENTOS DE CABRÍOS Y CABALLEROS CRÍSTICOS

JULIO CEVASCO



GOLDEN
MOON

VERSIÓN URÓBOROS FEST

JULIO CEVASCO

LA BALADA DEL
NUNCA AMADO

CUENTOS DE CABRÍOS Y CABALLEROS CRÍSTICOS



**La balada del Nunca Amado
Ciclo de la trinaquia**

Cuentos de cabríos y caballeros crísticos

Ilustración de cubierta: Kike Alapont

Diseño del lettering: Kike Alapont

Ilustraciones interiores: Kike Alapont

Corrección de estilo: Telos Servicios Editoriales en:

Los animales

Los criacerdos

Reencuentro.

Esta obra tiene una licencia de Creativecommons que te permite distribuir el archivo con fines comerciales y no comerciales bajo medios impresos o virtuales. También puedes crear obras derivadas para compartir. Por favor no editar parcial ni totalmente la obra. Consultas al correo de contacto.



©2015-2020, Julio Cevasco

©2015-2020, Golden Moon

✉ juliocevasco@gmail.com

Facebook: <https://www.facebook.com/lbdna/>

INTRODUCCIÓN

HISTORIAS DE SIETE HISTORIAS

Hola, amigos. Soy Julio Cevasco, escritor de *La Balada del Nunca Amado*. Si estás aquí es porque gracias a queridos amigos y escritores como Poldark Mego, Jeremy Torres y Giulio Guzmán he tenido la oportunidad de presentar algunos de mis trabajos en *Uróboros 2020*, y porque he hablado como panelista sobre uno de los temas que me apasiona desde niño: la fantasía.

Antes de que lean estas historias quisiera brindarles un mejor trasfondo de los libros disponibles para descargar. En este caso será *Cuentos de cabríos y caballeros crísticos*.

Estos relatos pertenecen a una antología más grande que consta de dieciséis historias que espero estén disponibles en 2021. Algunas han sido publicadas en diferentes revistas gratuitas online, revistas online de pago y libros impresos desde el año 2017.

Si desean, pueden saltar de inmediato a los cuentos, pero si quieren leer las siguientes líneas son libres de continuar. Todas estas historias se desarrollan en el mundo de *La Balada del Nunca Amado*, ocurren en distintas épocas de la cosmogonía, pero no están ubicadas en orden cronológico, sino en el que fueron escritas con excepción de una.

Lo decidí así porque espero que se note la evolución de mi forma de narrar durante los últimos años, y todo lo que he aprendido gracias a personas a quienes admiro mucho y a quienes agradezco de antemano. Ellos saben quiénes son. Las versiones finales que publicaré de los cuentos tendrán cambios en la narrativa (sobre

todo los tres primeros relatos), así que esta será la última vez que aparezcan esas tres historias en cualquier medio impreso o virtual.

Espantajo, el relato que abre esta antología, es un cuento de campesinos subyugados a los caprichos de una deidad de la oscuridad. Quienes conocen la obra notarán que aquí el mundo a penas se estaba formando, sin embargo, eso no impide que se disfrute. Muchas gracias a Roberto Aguilar por darle una oportunidad en *Jake Aru*.

El siguiente es *Los Animales*, publicado en *Líneas de Cambio II* por Víctor Grippoli. Esta es una de mis historias favoritas, ya que fue la primera vez que escribí sobre el Caballero Crístico Gwýnwraith, quien poco a poco se ha convertido en uno de los personajes centrales de estas historias. No diré mucho al respecto, salvo que esta es una de sus aventuras.

Los Criacerdos es el más monstruoso de estos relatos, pero no lo digo yo, sino el editor que la rechazó de una revista en la que me hacía ilusión publicar (sin embargo, conseguí meter otra historia después de unos intentos). El cuento trata sobre un proscrito llamado Mòrdric que ayuda a unos labriegos a salvar a sus hijos de una entidad con forma de un cerdo muy grande y con el cuerpo plagado de pústulas, sin embargo, la subtrama, motivo principal de que la rechazaran, tiene peso mayoritario.

Reencuentro, cuento número cuatro, es el primer relato que escribí sobre este mundo más o menos en el año 2015. Está disponible en Tenebra en sus dos versiones, y fue la primera historia que me publicó una editorial en un libro de papel. Ha recibido comentarios agradables en Internet. El personaje central se llama Mòrwin Gràufeld, aunque en su primera versión se llamaba Vàsher, un nombre que nunca me terminó de convencer

pero que no olvido. Gracias a Carlos Saldivar por seleccionarla y gracias a Carlos Echevarría por publicarla. También gracias a los escritores del Foro Fantasía Épica por organizar el reto en que me animé a escribirla.

Ahora quedan tres historias, y es a partir de aquí cuando se ve un cambio en la agilidad.

Renacidos narra la aventura de dos personajes que se encuentran en un mundo subterráneo y que tratan de escapar a la superficie. Está estrechamente relacionada con *La Cacería*, la última historia de esta selección. Fue publicada en la edición de aniversario por los siete años de *Edita el Gato Descalzo*, que volverá a circular por todas las ferias de Perú y que pronto tendrá una versión electrónica. Me alegré mucho cuando el editor, Germán Atoche Intili, hizo la publicación con la noticia.

Pequeño Secreto es la primera historia en que aparece el personaje Mántra la Oscura. No fue publicada por incumplir ciertas normas que desconocía al enviarla a una editorial, pero si quieren saber más de Mántra, pronto aparecerá en una antología en otro relato que también fue rechazado bajo las mismas circunstancias. En palabras del editor: Mantra la Oscura es un personaje poderoso y muy redondo. Pero lamentablemente no podemos publicarlo.

Finalmente, *La Cacería*. Este cuento tiene una historia de publicación especial. Primero que nada, no sabía si ponerlo en este libro, pero después decidí que sería una buena idea, pues lo considero un símbolo de mi participación en Uróboros 2020. Eso es porque me pidieron el relato para publicarlo en *Pulp Primitivo* (una selección de cuentos *pulp* con escenarios prehistóricos alucinantes), sin embargo, para quienes me conocen, no es

novedad que algunas veces suele ser algo volado (de hecho soy de esos que pasan minutos buscando sus llaves antes de salir de casa cuando las tienen en el bolsillo...) así que confundí la cantidad de palabras, y la historia me salió más larga de lo que debía (en realidad esta es la versión resumida. Para explicarlo correctamente tendría que escribir varias líneas más). Cuando me di cuenta era demasiado tarde para una corrección (o mutilación), pero si como dije, si por un lado suelo ser muy despistado, por el otro soy una persona con muchísima suerte (gracias, criaturas del infierno), así que me aceptaron publicar una parte en *Pulp Primitivo* y otra en este libro. Entonces tenía escrito un prólogo distinto, un prólogo que tuve que cambiar tras enterarme de que la gente de *Speed Wagon* había decidido que lo mejor era publicarla completa en la obra *pulp*, de modo que los lectores no cambiasen de libro para saber qué ocurría con la banda de cavernarios que es la protagonista y que vive en uno de los sitios más horribos de *La Balada del Nunca Amado: La Cuenca del Cráneo*.

Y eso es todo.

Muchas gracias por leer hasta aquí. A los que se saltaron este preámbulo y solo leyeron los cuentos, también les doy gracias por leerlos. Si les gusta este tipo de fantasía oscura combinada con grim dark, háganmelo saber, y si no les gusta, pueden decírmelo por mensaje en mis redes sociales. También me gustaría que me apoyaran compartiendo el enlace de descarga con sus amigos o conocidos, o en grupos de literatura de género. Asimismo, me pueden apoyar con un *me gusta* en la página de Facebook de *La Balada del Nunca Amado*, o incluso pueden comerciar esta antología dejando claro que soy el autor. Los que quieren apoyarme de otra manera tienen mi *paypal* al final del libro (no donéis más de un euro). Ese dinero será destinado para trabajar

con los correctores y para crear más ilustraciones sobre este mundo del que se me hace difícil salir.

Buenas vibras para todos, amigos. Las actualizaciones las tendrán en mi página.

JULIO CEVASCO
2 de julio de 2020

ESPANTAJO

I

No era un secreto que en la Estepa aparecieran cadáveres tras los arbustos, ni que culparan a demiurgos y a caminantes lechosos por tales asesinatos. Que el hombre se codeara con la muerte antes que los monstruos era verdad. Lugareños que secuestraban a críos para rendirle culto a sus deidades, abominaciones que satisfacían sus vicios, y que mataban a diestra y siniestra repartiendo machetazos, eran responsables. Los más desquiciados ataban cuerpos a un tejo, les trazaban cortes en el pecho calculados con un ábaco y recitaban salmodias para que el espíritu se despeñase del mundo. Si los ritos funcionaban, no eran siempre con fines malvados. Gremios de agricultores unidos a druidas protegían al campesinado estación tras estación. De lo contrario, pagarían con sequías, vientos borrascosos, plagas de zancudos y tábanos o, en el peor de los casos, con el desencanto de una entidad carnívora protectora del campo. El miedo andorreaba en los maizales y nadie quería acompañarlo. Menos jóvenes como Gòrgan Màlis y su gemelo Gèrdus Mechonblanco, pues su principal tarea era cebar al espantajo.

Esa noche estaban reunidos ante el maíz junto a una caterva de labriegos y a un animista con un niño en brazos. Gòrgan miró a los lados. Los labriegos de los gremios de Lèmpes, Richelàu, Gragòria, Trìnide y otros pueblos marginales aguardaban con las armas preparadas. Coordinaban las ofrendas para el Amo de la

Siembra. Los antiguos conocían el protocolo, mas a los nuevos habría que enseñarles.

«Si esto sale como debe —pensó Gòrgan—, pronto estaremos en casa. De otra manera nos quedaremos para enfrentar al espantapájaros como el año pasado. Si eso ocurre, que el Cristo nos ampare si es que le quedan ojos para nosotros».

—Creo que no hace falta presentarme —exclamó, y percibió la tristeza en el campesinado—. Os agradezco que hayáis venido, pues sabéis que nadie os obliga a viajar aquí a ensuciaros con estos trabajos. Para quienes no me conocen mi nombre es Gòrg, y junto con mi hermano organizo las ofrendas desde la masacre del treinta y ocho, porque así lo dictan los artículos de nuestra constitución.

Por dentro se sentía estafado, pero no podía dedicarse a otra cosa. Un momento de silencio y... Uf... Se limpió el sudor de la frente. Cada vez que recordaba la carnicería en ese lejano invierno olfateaba las piras con cadáveres donde habían terminado otros miembros de su familia.

Gòrgan miró el maíz. Los grajos volaban por el celaje, graznaban, cagaban ante el espantajo que parecía condenarlo. Tomó aire. Se giró al tatuado y le preguntó por su nombre.

—Me llaman Curòda.

—Es todo un placer, Curòda. Me alegra que nos ayudes con la faena pese a tu estado. No vamos a olvidarlo. Luego, cuando tengamos tiempo, hablaremos de tu pago.

—Gracias, señor. Es lo menos que puedo hacer. Después de todo cuidaréis de mi hijo cuando llegue mi hora.

Gòrg suspiró.

Nunca le había prometido nada, e ignoraba si acertaba al permitirle quedarse. El hombre estaba desahuciado y no podía negarle cobijo. Además, tenía un niño.

«Dudo que exista un cielo para las almas caritativas, pero si en verdad existe, te estás ganando un billeteazo, Gòrgan. Si no eres tú ¿entonces quién? Tus padres están enterrados, y mejor ni contar con Gèrdus».

Lo miró de soslayo.

El labriego fumaba hierba recostado en una estaca como si con él no fuese la cosa. Parecía que los tratos con entidades de la Estepa se le hicieran sencillos, quizá demasiado. En el invierno del treinta y ocho había estado presente cuando llenaron al muñeco con paja y otras cosas que olían raro. Luego Gòrgan se enteró de que era una mezcla de carne con barro y hojas negras que crecían entre los nelumbos.

—Lo entiendo, Curòda. De esos asuntos hablaremos después. Ahora escucha. —Le dio la espalda y se volvió al resto—. Bueno, bueno, como parece que todo está solucionado y ya sabemos con quiénes estamos, creo que es momento de comenzar.

»En una semana, queridos señores, pronto hará seis años desde que una panda de labriegos se aliara con animistas del

bosque para expulsar a los sarracenos que invadieron la Estepa en los últimos veinte años. Fue una batalla dura, pero al final nos las arreglamos. Montones regresaron al desierto tras la derrota. A la mayoría los despachamos, y unos pocos se dispersaron en compañías de gitanos por la región baja de la floresta, solamente porque lo consintieron algunos druidas. —Se cruzó de brazos como si estuviese en desacuerdo—. Las cosas son como son. No entiendo mucho de sus motivos, pero los muy cucos creen en la unión del hombre con lo natural. Dicen que es mejor ser tolerantes cuando viene un extranjero a quitarnos nuestras mujeres, empleos, animales... arriesgándonos a perder nuestros territorios. Supuestamente así se elimina la dualidad. Pero bueno... a mí me criaron para tomar el rastrillo, no para vender humo a la gente. Sin embargo un grupo de ramosos que era algo así como los excluidos no compartía esas ideas, así que convocaron a esa cosa que se cargó a los *sarreceni* con ayuda de la Familia de la Siembra. ¿No es verdad, hermano?

Los chicos se volvieron a Mechonblanco. El joven sopló una voluta de humo que se elevó al acomodarse el sombrero. Sus cabellos le besaban la cintura, decorados con una mecha albina de nacimiento. Puso los brazos en jarras, echó un eructo y los muchachos rieron.

—Gèrdus, compórtate, vamos... —comenzó Gòrgan. Pero su hermano hizo un gesto de silencio con las manos.

—¡Shhh! ¡Shhh! Ahora no. Le debemos respeto al público.
—Risas—. En realidad eso fue lo que ocurrió, pero siento que mi hermanito cuenta cosas innecesarias. ¿Quién quiere pararse a escucharlas? Nadie, ¿o me equivoco? Creo que todos queremos largarnos rápido como el año pasado, así que basta con resumir todo en un par de palabras: estamos cagados.

No agregó nada más.

La historia era demasiado larga para decir que murieron muchos, que los *sarraceni* se mearon de miedo mientras el muñeco los pasaba a cuchillo, y que, pese a que lo desmembraban, aparecía en otro lado del campamento para despacharlos. Lo quemaban con aceite, pero volvía. Lo hacían volar en pedazos con sus cartuchos de pólvora, y más tarde andorreaba por los maizales con el machete en la mano.

La mayoría se había alegrado por el fin de la guerra, aunque muchos, como Gèrdus, se arrepentían de que el monstruo acabase a sus enemigos con rapidez, porque tras poner pies en polvorosa aún quedaban labriegos que rechazaban los tratos con la gente del bosque, gentes a las que él y otros creían necesarias. Si hubiesen muerto antes de la expulsión de los invasores, habrían caído los mandamases de las campiñas y los campesinos habrían tenido más contacto con los druidas de dichas épocas. Pensar que esos ramosos estaban seguros en su bosque, en un recinto impenetrable para la cosa esa, mientras ellos se las arreglaban

como podían, parecía injusto. ¿Por qué era así, si también tomaron parte en la guerra?

—El problema, sin embargo —dijo Mechonblanco—, es más grande de lo que parece. Perder relaciones con los del bosque fue nuestra perdición. Si bien esos enramados conocen lo que la iglesia condena, son prácticas que sirven para defenderse, sobre todo de fenómenos sin explicación aparente. Sin su ayuda ¿cómo enfrentamos a los monstruos? Cuando los lobisomes suben a la Encrucijada desaparecen una o dos niñas por semana. Díganme, señores, ¿eso no les da rabia? Si no son los lobisomes, la niebla cabalga hasta las fronteras. Entonces sí que nos cagamos porque dentro viven los lechosos, y ahí sí sálvese quien pueda. Todas esas abominaciones en las que no quiero ni pensar se pasan el tiempo rondando nuestras tierras, y para más escarnio tenemos que lidiar con el espantajo o de lo contrario nos comerá.

Sonrisas.

—Lo sé, lo sé. Yo también me reí al principio, pero ponedle más seriedad. Es ilógico porque tratamos con un muñeco que fue diseñado para protegernos y que últimamente se ha puesto más exquisito con sus pagos. Déjenme explicárselo. El segundo año no se contentó con nuestras liebres. No lo supimos de inmediato porque se las comió, hasta que la noche siguiente se desclavó del poste y mordió a alguien. Luego nos dimos cuenta de que deseaba algo más jugoso. Más grande.

Los campesinos hicieron una mueca de asco y se volvieron a la cosa ensartada en la estaca. La cabeza envuelta en un fardo con un sombrero encasquetado, negro y de ala ancha, no los miraba. Parecía un cadáver con brazos caídos por donde escapaba el forraje. No invitaba a acercarse, ni siquiera a acomodarlo debido a su hedor. Era una obra de brujería, y al igual que toda obra de brujería su tufo seguiría acentuándose hasta que lo alimentasen. Gòrgan se encogió de hombros.

—Gracias, Gèrdus —dijo—. Como podéis ver todos, si no fuera por esa cosa, los sarracenos seguirían quitándonos el trabajo. El problema es que el monigote siempre quiere algo mejor. Desde entonces lo alimentamos religiosamente con animales más grandes, pero como imagináis todo tiene un límite. Mi hermano ya os contó qué ocurrió con las liebres. La primera vez no dejó ni los huesos, pero la segunda... ya sabéis... Así que a alguien se le ocurrió degollar a un zorro y fui yo quien se acercó a dárselo porque hay cosas que determina la suerte. Permanecí entre la niebla. Lo vi abrirle la panza al pobre animal. Si os fijáis bien, os daréis cuenta de que está lleno de virutas, pero lo que vi fueron manos callosas con dedos que parecían pequeñas lanzas. La cosa no regresó hasta el año siguiente, y para no repetir nuestro error sacrificamos un cerdo muy, muy gordo. Después de comérselo se marchó, y así, cuando conmemoramos la carnicería del treinta y ocho, regresa a por algo más grande. Al marrano le siguió un lobo. Al lobo un jabalí. Hasta ahí todo bien y con pocas

complicaciones, pero los meses pasaban y se nos acababan las ideas. ¿Qué podíamos darle? ¿Un oso? Tampoco teníamos dinero para comprar un elefante y los patrones nos dieron la espalda. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Fue un momento en que no supimos qué pensar y en el que todos teníamos algo en la cabeza que nos queríamos tragar porque sabíamos que a quien lanzara la primera piedra lo mirarían con rechazo, porque supongo que somos hipócritas hasta con nosotros mismos. A mí no me engañan, pero todos los ahí reunidos pensábamos igual.

No iba a decirlo. No tenía por qué. Los campesinos comprendían que el siguiente paso en la escala evolutiva era otro tipo de animal, uno que supuestamente era más consciente que unas pobres liebres, zorros, lobatos y cerdos...Y como entonces rezaba el año sexto desde la primera ofrenda, los labriegos más antiguos sabían qué cosa habían entregado.

Nadie dijo ni una palabra.

El estómago de Gòrgan se revolvió al tiempo que los nuevos miraban los maizales, estremeciéndose de frío. Se envolvieron con sus capas de lana mientras el viento bufaba, burlándose. Gòrgan sentía que no estaba bien, que ellos merecían un castigo por esos animales que habían asesinado pero sobre todo, por la vida de un tal Corobaqui. Lo recordó. La noche del treinta y ocho del año pasado lo dejaron en un cepo en los maizales para que el espantajo se hiciera cargo. Él no se quedó, pero sí su hermano. Al volver dijo que lamentaba que el hombre de paja hubiese hecho

añicos la camisa del campesino, ya que quería conservarla. Era una prenda muy bonita, como para enmarcarla.

Los críos escuchaban.

Si Gòrgan, Gèrdus y los otros habían sacrificado a ese hombre por las razones que fueran, en unas noches ¿a quién entregarían? La antigua pandilla estaba descartada. Lo mismo que el druida, pues continuaba enfermo, y a las deidades de la sombra no les gustaban los segundos platos. ¿El niño? Era muy pequeño. Poca carne para saciar el estómago de la figura de paja. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Los labriegos agacharon la cabeza mientras la sombra del espantajo empezaba a cubrirlos. No se podía saber qué pensaban, ni si estaban de acuerdo en sacrificarse para conseguir otro año más de vida. El viento bufó en lontananza. Trajo consigo una carcajada que sometió a todos salvo al del mechón blanco. Gèrdus caminó sin garbo hasta el centro de la banda antes de poner los brazos en jarras. Se notaba que tenía el asunto controlado. Su hermano era quien más hablaba, pero era él quien dictaba las pautas.

—No tenéis que mirarnos así —les dijo tras chupar su pipa—. No han venido al maizal para que esa cosa se los coma. No lo permitiría. Vuestra encomienda es separar el grano de la paja y preparar el escenario, así que pueden recomponerse. En lo que respecta al espantajo tengo algo que os aliviará. La presa está escondida en este pueblucho, en mi cabaña.

Gòrgan frunció el ceño. Mechonblanco no lo había comentado. En sus pocos años se había ganado enemigos en varios pueblos de la Encrucijada debido a sus malas costumbres. ¿De quién carajo estaba hablando? No se podía saber. Gòrgan tragó saliva y una fuerza presionó a su corazón al tiempo que en los semblantes de los labriegos parecía nadar un alivio eterno. Incluso el druida, que miraba a los gemelos con temor durante la charla, parecía tranquilo. Se aferró a su hijo tras limpiarse las babas. Mechonblanco esbozó una media sonrisa. Los vientos bufaron arrastrando su cabellera antes de que se volviera al conjunto para decir que lo siguieran con un gesto de la mano.

—No sé si todos lo conocéis —susurró—. Es un santo. ¿Quién mejor que un santo para mejorar lo del año pasado? ¿Qué mejor que alguien que decide inmolarsse por amor al resto?

Gòrgan permaneció bajo la luz de las estrellas observando cómo se iban. Las cosas saldrían como debían porque alguien se entregaría a voluntad, sobre todo alguien que admiraba la sociedad campesina. Pero algo no olía bien, porque cuando Mechonblanco iba detrás de algo, cuando tramaba sus pequeños tejemanajes en la oscuridad, si bien las cosas sucedían de la mejor manera, los daños colaterales estaban a la orden del día. Eso no importaba a nadie, pero sí a Gòrgan. Tomó aire mientras el grupo caminaba rumbo a los molinos. Él los siguió en silencio hasta toparse con el espantajo. El rostro del monigote apuntaba al horizonte, en dirección a los cuervos.

II

Su nombre era Farnèsse, un clérigo que conocía a Gèrdus desde que era un mocoso. En los últimos meses se frecuentaban a diario para charlar de filosofía, historia, astrología e incluso de artes culinarias porque a ambos les gustaba cocinar. Pero una noche, mientras miraban los maizales, el labriego pensó en ofrecerlo al espantajo, así que ideó un plan. Lo ataría de pies y manos a un armazón mientras dormía y, para que no gritase, le metería una manzana en la boca como a un marrano. El santo, sin embargo, no se dejó capturar fácilmente. Había gemido con fuerza, golpeado, chillado, pujado hasta que un pedo se le escapó y, tras unas noches aprisionado en esa cabaña situada en medio de las higueras, había terminado húmedo de la cintura para abajo.

Gòrgan, ni en sus momentos de cavilación más profunda, hubiese creído a su hermano capaz de traicionar a ese bienhechor, pues Farnèsse era anciano y velaba por los pobres no a cambio de favores indecorosos como unos pensaban. Si hubiese que resaltar sus condiciones de santo, si hubiese que mostrarlas a un tribunal para perdonarle crímenes imputados, *perpetua màximi*, el escriba apuntaría que Johannes Farnèsse de Làmbra era un encomendado a la Iglesia del Cristo, y que entre sus atributos destacaban las siguientes verdades: fe encomiable en Dios nuestro Señor, Lord de las Espigas; respeto a la moral, a las buenas costumbres y a sus majestades los reyes de Richelau, Lèmpes, Gragoria y Trìnide,

entre otros señoríos de la Estepa; entrega por los desposeídos; y pese a que no se tratara el tema, otras dos cosas: estigmas y milagros. El buen Farnèsse era un clérigo con una hoja de vida impecable, típica del santo, así que algunos mal llamados filántropos se limpiarían el culo con ella por su falta de fe en la humanidad. Mas no era así para Gèrdus Mechonblanco. Él lo había visto curar quemaduras a un crío en el bosque con esencia de rocío, cuando tenía siete años, de modo que no podía ser otra cosa que un santo en toda la regla, y como tal, pensó que se inmolaría por el bien de todos.

Se equivocó.

La noche de la ofrenda, mientras discutían, le había golpeado la coronilla con una cachiporra, y Farnèsse yacía despatarrado sobre la alfombra mientras Mechonblanco aguardaba a sus hombres junto a su hermano. Cuando llegasen, iban a llevárselo. La puerta se abrió. Todos se volvieron a las sombras, incluso Curòda, que estaba de pie al lado de Gòrgan, apoyado en un cayado. Los campesinos entraron y arrastraron a Farnèsse, que seguía sumido en el mundo de los sueños. Cuando se marcharon cerraron la puerta. Las cornejas grajearon en las afueras. ¿Podía terminar tan rápido? Gòrgan había aprendido que nada finiquitaba así de fácil. Los familiares del hombre sospecharían, empezarían a buscarlo y tarde o temprano darían con los hermanos. Cuando se lo dijo a Gèrdus, este sonrió como acostumbraba antes de beber vino de su pellejo.

—Eso no va a ocurrir, hermanito —respondió—. Mira, para asesinar a alguien, para cometer el crimen perfecto, hay que saber escoger. En el mundo existen personas a quienes no los extrañan ni sus perratos. Si son viejos borrachos, abandonados en un cuchitril, es porque no les importan ni a sus hijos. También ocurre lo contrario con algunos descarriados. Sus padres no los desean porque manchan el honor de la familia como si eso a lo que llaman honor siguiese rezumando en los corazones de las gentes, y una mierda. Pero existe un tercer grupo, aquel del que nadie sospecha porque todos viven prisioneros de lo material. Es el de los ascetas. Estos hombres renuncian a sus posesiones y a sus familias para irse al culo del mundo al encuentro con Dios. Mayormente se vuelven locos, se arrepienten en el camino y cuando se dan cuenta terminan cagados en el desierto con las tripas fuera. Farnèsse fue la excepción. Si lo consiguió fue por cosas que no conozco. Sé que no tiene a nadie que lo quiera. Las personas que ayudó son tan mierdas que se olvidaron de quién le curaba las quemaduras cuando eran mocosos o quién les brindó consejo cuando lo necesitaban. El hombre es así. El hombre olvida. De lo contrario no lo hubiese encontrado en un basural hace un año, ni le habría ofrecido todos los buenos tratos que le di. Si lo sacrifico no es porque buscaba algo a cambio. Créeme que pensé que lo comprendería y se armaría de valor para ir a encarar a esa cosa. Pero no quiso y no me quedaba nadie, así que tuve que golpearlo o nos comerían a nosotros. Era un hombre de

buena voluntad con una moral de granito. Lo extrañarán, pero nadie preguntará por él porque su nombre es una especie de leyenda. Las leyendas son eternas y, así mueran, vivirán por siempre en los corazones de las personas.

Mechonblanco abrió la puerta para marcharse. Gòrgan lo vio y le pareció que lloraba, pero no se atrevió a detenerlo. Conocía a su hermano. Podía ser el diablo a veces, pero hasta los diablos lloraban porque lo malo que había en ellos solo era malo porque detrás había algo más terrible para juzgarlo. Eso no lo sabía. Iba a descubrirlo después. Escuchó que la puerta se cerró y permaneció en la cabaña con Curòda, quien mecía en sus brazos a un bebé que acababa de dormirse. Gòrgan se preguntó quién sería la madre de esa criatura, y si había terminado como uno de los personajes de la historia de su hermano para que un hombre como Curòda no la extrañase.

Esa misma noche la puerta se abrió. El tiempo en la Estepa era malo, realmente malo. La lluvia arreciaba en el campo como si algo estuviese descontento con las acciones de los labriegos. Mechonblanco se paró en el umbral casi sin garbo, calado hasta los huesos. Tenía la boca echa un anillo. Dio un paso adelante y entró. La puerta se cerró y quedaron los cuatro en un pequeño recinto iluminado por un candelabro. ¿Qué había ocurrido?

—Te ves muy mal —dijo Gòrgan—. No me digas que Farnèsse escapó y que han ofrecido a otro campesino como el año

pasado. Por lo menos dime que enviaste a tus hombres tras él, porque de lo contrario...

—Silencio. —Estaba contrariado. Comenzó a caminar en círculos y a trancadas como si no pudiese pensar, como si sus planes se hubiesen descabalado sin lograr acomodarlos. Cuando se calmó miró a su hermano y al druida—. Se lo comió, Gòrgan. Lo hizo pedazos. Igual que a las liebres. Igual que al cerdo. Pero luego, en vez de retirarse, se acercó a uno de los nuevos y... le arrancó el brazo.

Pausa.

—Nunca había visto tal cosa —continuó—. Sabes que pienso que vivimos en un infierno, pero nunca estuve tan seguro como ahora, porque esa cosa de los maizales no pertenece a un mundo donde no hay que rendir cuentas a nadie. Estoy seguro de que allá fuera existe algo maligno que nos juzga.

No habían notado que Curòda se había acercado a los postigos. Los cerró porque miró que algo se acercaba caminando. Fuera lo que fuese, no se trataba de nada bueno, a juzgar por su expresión.

—Creo que algo malo...

Mechonblanco hizo un movimiento con la mano y lo silenció.

—¿Ocurre algo, Curòda?

Era Gòrgan.

—Son los labriegos. Parece que ha ocurrido algo porque están manchados de sangre y armados con machetes. Hay uno que se retuerce en el suelo de dolor porque... porque le falta una pierna y... —Se detuvo. Tomó al niño y se recogió en la oscuridad—. Esa cosa que han despertado es responsable de todo. Estoy seguro de que quienes lo animaron no eran druidas. Mi pueblo no sería capaz...

—Nuestra raza es capaz de muchas cosas —respondió Mechonblanco—. Eran druidas porque conocían de astrología y tenían pintados esos trísqueles en el cuerpo cuando se desnudaron para armar al monigote. No me jodas, Curòda. No te quieras limpiar. Lo bueno es que tú no tienes culpa de ninguna de esas cosas. Eres una víctima de lo que otros hicieron mal. Pero no puedo decir lo mismo de mí. Si mis hombres están ahí fuera lamentándose es porque ellos se lo buscaron. Los planes no salen siempre como queremos, Gòrgan.

Dio un paso adelante.

Se acercó. No lo miraba porque parecía avergonzando. Se demoró en hablar, en decirles que, después de que el espantajo se comiera al santo, después de que arrancara el brazo de uno de los reunidos, los otros se habían desesperado y comenzaron a empujarse hacia la cosa que aguardaba en los maizales. Uno de los antiguos fue el primero en sacar la horquilla para amenazar a otro, y uno de los nuevos lo siguió y le clavó el rastrillo en el cuello antes de empujarlo a esa especie de golem. Mechonblanco

se saltó la parte de la sangre. Era innecesario porque no aportaba nada al relato, pero ese labriego no fue el último. Siguieron muchos más. Se mataban unos a otros mientras el espantajo arrastraba los cuerpos para comérselos. No era una historia que le gustara contar, ni algo de lo que sentirse orgulloso, porque al igual que Gòrgan pensaba que Farnèsse era la solución a todo. ¿Qué sería mejor que un santo para calmar el hambre de la deidad? ¿Qué mejor que un hombre admirado por el amor a sus semejantes y el código de moral bajo el que se regía? Los druidas no serían mejores. Ellos se compenetraban con la tierra y deidades oscuras como el espantajo. Estaban condenados por la Iglesia en la que los labriegos creían.

Merchonblanco pateó una cuba al tiempo que echaba una blasfemia. Se volvió a Gòrgan. Su hermano no era como él. Era distinto. Lo sabían todos porque pese a su rudeza no ocultaba su bondad.

—Me enviaron a por ti, hermanito —fue un susurro que retumbó en el aposento. El campesino se limpió las lágrimas—. Esos locos creen que eres mejor que Farnèsse, y aunque no tienen razón, quieren que te lleve. ¿Cómo puedes ser mejor que un hombre de Dios? Eres un labriego sin educación al igual que yo. No conoces esos códigos estrictos que impone la Iglesia, y solo diferencias lo bueno de lo malo porque hombres como Farnèsse te lo enseñaron. ¿Qué es lo que esos borregos están diciendo? No lo acepto. ¡No lo acepto!

Golpeó la pared con el puño. La madera retumbó. Gòrgan miró a las afueras y distinguió a los tropeles de campesinos con sus guadañas en mano. Aguardaban a que se lo llevase. Le pareció confuso. Cuando saliera iban a golpearlo antes de entregarlo al espantajo. La cosa le abriría la panza como lo hizo con el zorro y se comería su carne como a una liebre asustada. Parecía que no tenía alternativa, así que se llenó de fuerza para aceptar una realidad que se convertía en pesadilla. No se animaba a poner la mano en el hombro de su hermano para decirle que no tenía la culpa. En realidad, no la tenía.

—Se están acercando —dijo Curòda tras mirar por la ventana. Se volvió al niño y lo envolvió en una manta. Trastabilló.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Gòrgan—. ¿Te vas a ir sin más mientras esos están ahí fuera, esperándome?

—No tengo... nada que hacer... señor. Yo solo vine huyendo porque la vida en el bosque está cambiando. Para mal está cambiando. Pero en el campo no veo que haya mucha diferencia. Me llevo a mi hijo porque es lo único puro que queda. Creo... creo que debéis aceptar que existen designios para todos, que algunas personas nacen para vivir menos que otras porque no somos más que una parte minúscula en algo mucho más extenso. Si te hace sentir bien, mi señor, piensa que eres realmente mejor que ese tal Farnésse y que todos los santos y obispos del mundo. Esos supuestos bienhechores deberían estar orgullosos de que hay

gente como vosotros, porque solo pueden sentirse divinos y condenar lo malo al tener una moral que ellos mismos crean. Quítales al diablo, señor, ¡quítales al diablo!, ¿y qué les queda? ¿Te has puesto a pensar en eso? Todas sus creencias se caerían en pedazos, pues no tendrían qué condenar. Los druidas lo entendemos, pero vosotros, que habéis nacido bajo su yugo, no podéis comprenderlo porque habéis vivido dormidos a lo largo de vuestras vidas.

Los hermanos se miraron ante las llamas del candelabro. Era lo único que los separaba y ni Gòrgan ni Gèrdud dijeron una palabra. Una corriente de aire entró por la ventana. El fuego se apagó. Los pasos de Curòda retumbaron sobre el suelo de madera y, cuando abrió la puerta, esta chirrió. Luego se volvió a los hermanos, pero antes de que se fuera se escuchó un ruido de algo que penetraba en un tejido blando, y luego el de un reguero que manchaba el piso. Alguien había expirado y un niño lloraba en el suelo. La sangre de Curòda besaba la tela que arropaba a la criatura. Mechonblanco cargó al bebé mientras miraba al druida al que había despachado.

—Eres demasiado bueno —le dijo a su hermano—, y ese tío demasiado idiota. Ahora sé qué es mejor sacrificio que tú y yo juntos. Ahora sé qué calmará a ese demonio porque no existe nada mejor que lo que está en mis manos. ¿Comprendes, Gòrgan?

Gèrdud esbozó una sonrisa al tiempo que levantaba al niño y le hacía cosquillas. Lo miró a los ojos y le dio un beso.

III

Gòrgan estaba de pie en los maizales junto al resto de labriegos. Gèrdud no andaba cerca. Se había retirado con el niño en brazos a buscar al espantajo que rondaba por ahí, solitario, en medio de un mar de sacos de carne. Nadie hablaba. Todos aguardaban porque estaban con miedo de que las cosas no funcionasen como querían, porque eran ignorantes. Gòrgan pensó en las palabras de su hermano. Le había dicho que Curòda era un idiota. Pero en el fondo creía que no era así, no de esa manera. Si hubiese sido un idiota, no hubiese sabido que un bienhechor como Farnèsse era más peligroso que los mal llamados villanos. Había sido ingenuo, que era diferente.

Con los ojos enrojecidos recordó que antes de que Gèrdud se marchase, antes de que tomase al bebé y saliese de la cabaña, había mirado al cadáver y dicho que los crísticos debían construirle un monumento al demonio, porque solo así podía existir esa llamada santidad. Luego había salido de la cabaña, hablado con los labriegos y andado por los maizales bajo la lluvia. El recuerdo se difuminó y Gòrgan volvió a la realidad. No pasó mucho para que una figura con sombrero se asomara en la penumbra ni para que los labriegos temblaran con los rastrillos dispuestos, ni para que las estrellas rielaran sobre un Mechonblanco caminando de regreso con las manos

embolsicadas. Cuando se acercó a sus hombres los miró. No hizo falta preguntar qué había ocurrido, no hizo falta saber que el monigote se había calmado con la ofrenda ni que él salvaba la noche un año más, después de que se le ocurriese la mejor de sus ideas, y todo gracias un miserable druida idiota. Sin embargo... no se veía contento. Gèrdud, con la mirada desencajada, caminó hacia su hermano, lo abrazó y empezó a llorar.

LOS ANIMALES

El caballero crístico miraba la figura clavada en la cruz, delante de la hornacina. Era un esqueleto tallado en piedra, de cabellera larga, corona de ramas con espinas y cuernos arqueados. Le llamaban el Crucificado.

Gwŷnwraith suspiró.

Pese a su rango, nunca se santiguaba porque sabía que Dios no moraba ahí, en esa estatua, sino en cada rincón de la Estepa, fuera de ella y en su corazón. Se dio la vuelta antes de caminar por la nave rumbo a la puerta. Cuando acudía a su Señor, cuando visitaba los templos repartidos por el bosque, viajaba a sus adentros en vez de arrepentirse, como enseñaban en el papado. Los obispos estaban errados, mas no les guardaba rencor. Intentaba comprenderlos. Intuía que los hombres eran lo mismo, un mismo ser con iguales necesidades, capacidad de amar y de sentir compasión, que probaban la experiencia a pasos distintos y en el camino encontraban cosas que los distraían de sus objetivos.

«Los soldados me esperan», pensó al ver su reflejo en los vitrales.

Un joven alto, de cabellos rubios, largos casi hasta el hombro, con un mechón amarrado en la coronilla, se reflejó. Gwŷnwraith Bannón portaba armadura blanca cubierta de una esclavina con la enseña de la fuente en campo de sinoples. Recordó sus lecciones.

«Dios es la fuente inagotable de la que bebemos, mas nadie lo encuentra porque ignoran la gnosis».

No lo había entendido hasta la pubertad.

En los Tiempos de la Niebla, mientras viajaba con la mesnada, su saber estaba cuajado, pero guardaba silencio debido a los inquisidores.

Salió del santuario.

Esperaba que sus hombres le procuraran noticias, por lo menos algo, pero en sus rostros intuyó que nada tenían. La bruma cubría el horizonte como una nube grisácea que cabalgaba sobre las brozas, y si los monstruos de piel lechosa volvían, si los no muertos abandonaban sus tumbas para atacarlos, ellos iban a cargárselos. Con sus espadas, mandobles, mazas y alabardadas los despacharían, ya que las imágenes del templo estaban muertas como la fe de los pueblos.

—Bebe un poco, Gwýnn —le dijo un soldado, y le lanzó el cuenco—. Las gitanas pasaron por aquí y nos vendieron una nueva mezcla por cinco cuernos de bronce. Tiene cal roja, gurgiente y ponedora para que dure la borrachera.

Gwýnwraith sospesó la bota, destapó y olió. Era una mezcla fuerte que rasparía su garganta. La lanzó de regreso.

—Tengo alergia a la ponedora —dijo—. Si salimos y continuamos con lo nuestro, tal vez hallemos cerveza en una tasca abandonada. ¿Me acompañas?

El papado les había encargado rescatar norteños y escoltarlos al sur debido a las amenazas. Sin embargo, pasaban las noches purgando el campo de demonios.

—Tú te lo pierdes, Gwýnwraith.

—Gracias, pero no quiero que el cuerpo se me llene de escorbutos. —Aguzó la mirada. Uno de los hombres que vestía harapos y discutía con un miliciano llamó su atención. Lo señaló con la cabeza—. Oye, Thein, ¿quién es?

—Un borracho. Apareció antes que las gitanas y se puso a jugar a las tabas con Roggi. Perdió y desde entonces rehúsa pagarle. ¿Por qué lo preguntáis, ser Bànnon? ¿Lo conocéis?

—Te he dicho mil veces que no me llames ser Bànnon. ¿Cuánto tiempo nos frecuentamos y cuántas veces hemos fumado juntos?

Solamente ese viejo y el caballero Farnèsse de Poitiers, su compañero de la infancia, eran hombres en los que podía confiar, mas no estaba seguro de cuán lejos llegaría la amistad con Thein, pues este era todo un bigardo, y cuando patrullaba con soldados por las callejas sureñas solían tomarse licencias con pordioseros penadas por el papado. Se encogió de hombros al volverse a la multitud. El de los harapos cayó de bruces sobre el estiércol. Roggi lo había empujado y, antes de que pudiera levantarse, recibió la punta de la espada en la garganta. Fue un roce y a la vez una amenaza.

—Un cuerno de bronce. —La expresión de Roggi no era amistosa. No bromeaba—. Si no lo tienes, te rajo el cuello aquí y ahora, frente al santuario. Los ojos de Dios no se fijan en limosneros.

«Es la bebida —pensó Gwŷnwraith mientras bajaba los peldaños. Siempre trataba de buscar otro sentido de las cosas—. No es la crueldad de Roggi, porque el hombre no es cruel por naturaleza, aunque muchos no lo entiendan. Vamos, compañero, sé que puedes componerte».

Se abrió brecha entre la mesnada. El de los harapos se volvió y su boca formó un anillo. Gwŷnn pareció reconocerlo. ¿Dónde lo había visto? Estaba sucio, pero otrora lo recordaba limpio y sonriente, un hombre cuyos trajes despedían bálsamos de las tierras de los arrozales.

«Un caballero crístico», pareció pensar el mendigo. Y, sin que Roggi se diera cuenta, se arrastró por el lodo como un lagarto. En un momento se aferró a la pierna de Gwŷnwraith, a quien miró para pedir auxilio.

—Os lo ruego, ayudadme, mi señor, soy Màol... Màol Mùstard, príncipe estepario de la Gragòria.

La milicia se tomó su tiempo para mirar, murmurar y reírse. Las carcajadas resonaron como un ruido estridente. Roggi rio. Thein rio. Incluso el mismo Gwŷnn casi se contagia porque las burlas eran pegajosas, y negó con la cabeza antes de indicarle al mendigo que se levantara.

—Así que eres Màol Mùstard —susurró. Conocía al heredero del principado gragorino, ya que, tiempo ha, le había servido de escolta—. La última vez que te vi te burlabas de todos como un aburguesado, y ahora te acercas en busca de ayuda. Mira

cómo son las cosas. Si necesitas monedas para pagarle a Roggi, no haré nada por ti. Tendrás que enfrentarlo.

«Pero sus ojos —pensó— me dicen otra cosa».

Era fácil reconocer a alguien sin esperanzas.

El de los harapos agachó la cabeza, pegado a su pierna, y comenzó a temblar. Los soldados hospitalarios guardaron silencio ante los sollozos, ante las lágrimas de Màol, que manchaban la hierba mientras este se limpiaba.

—Lo siento —contestó avergonzado, y se puso de pie ante todos—. No es la primera vez que escucho mierda sobre mi casa ni será la última. Sin embargo, después de pasar por ciertas cosas, uno suele cambiar. —Roggi susurró algo y Harapos se giró a él con cara de pocos amigos—. También quisiera pagarle a ese tío que está ahí, murmurando, pero lamentablemente no tengo ni un quinto, ni quiero enfrentarme en un duelo, porque de antemano sé quién ganará, y no conviene pelearnos entre hermanos. Si he venido fue de casualidad. Buscaba un refugio.

Lo señaló.

—Pensé que el Crucificado respondería mis dudas.

No estaba manchado de sangre, aunque sus ropas lucían rasgadas y su cuerpo despedía olor a meado.

—Es una pena —comentó Thein—. Porque Lord Cuernos no puede escucharte. Continuará en su cruz clavado por siglos, así que responderás ante nosotros —las tropas rieron, y él, tras rascarse la barbilla, continuó—. Dime una cosa, gilipollas, porque

es mucho trabajo viajar de señorío en señorío y queremos ahorrarnos millas de camino. Supongo que ahora podemos contar a Gragòria entre los dominios que arrasaron los paliduchos. ¿Cierto? ¿O me equivoco? Dime otra. ¿También llegó la niebla? Los ataques de lechosos son ahora la última moda.

—Dicen que lo son, soldado, pero no es el caso de mi país —respondió Harapos sin atender a la provocación—. Estuve ahí hace semanas, y ahora no queda nada.

—¿Cómo? —fue Gwÿnwraith quien preguntó.

—Eso mismo, mi señor, fue la pregunta que me hice cuando llegué, y por suerte encontré a mi hermana para que respondiera. Creo que usted, ser B`annon, si mal no recuerdo vuestra casa, debería saber de quién hablo, porque cuando nos visitó el año pasado ambos disteis un paseo por los parterres y la escuchó cantar con el coro en una presentación. Lo invitó ella misma.

No era raro que lo invitaran.

Era un caballero crístico, el más joven de los treinta y tres, y era común que las damas coquetearan en los señoríos. Recordaba que se había acostado con una después de un concierto; recordaba los besos y los abrazos, mas no su nombre ni su apellido.

—¿Sibine? —dijo, porque era el más común entre la realeza.

—Sibine —respondió Harapos—. ¿Cómo olvidarla? Claro... Sibine. Sibine estaba escondida en un rincón de la ciudad como un puto gato, comiendo frutas de unas jabas. Para hacérselo

más corto, me contó todo desde el inicio, aunque ella no supo cuándo comenzó. Los gragorinos, de la noche a la mañana, se comportaban como si no pensasen. Era común ver gente desnuda o con ropas de dormir en las callejuelas, peleando con los perros por un maldito hueso, mordiéndose entre ellos, lamiéndose, oliéndose el culo, el pene o los coños como si fuesen... animales. Sibine... se asustó. No me habló de maldiciones ni de nada de lo que se comenta en estos casos, simplemente no tenía ni idea, así que nos largamos tras comprobar que nuestra casa había sucumbido a esa bacteria o a lo que fuera que estaba en el aire. Nuestros sirvientes, nuestros criados, nuestro padre... Nada de lo que conocíamos estaba allí salvo las riquezas, pero no nos llevamos muchas porque nos dificultarían la huida. Lamentablemente, una noche nos robaron al bañarnos en el lago, y para mayor escarnio nos atracaron esos paliduchos. Me cargué a los cuatro, uno por uno, mientras Sibine corría, y nunca más la volví a ver. Desde entonces he recorrido medio sur de la Encrucijada, buscándola, y escuchando historia tras historia sobre estos lugares que se han convertido en tierra de nadie, hasta que llegué aquí mientras buscaba un buen árbol para colgarme porque estaba desesperado, y porque, si somos realistas, no creo que mi hermana haya sobrevivido ni pueda pasar una noche en un bosque plagado de monstruos, donde los soldados del papado los despachan junto a todo lo que consideren incorrecto, incluyendo a

tíos que nada tienen que ver. Pero luego cambié de opinión y me topé con el templo del Cristo.

El viento le echó la capucha a un costado. Los rostros de Roggi, Thein y los otros no eran amigables. De no haberse encontrado Gwýnn entre ellos, la banda hubiese dejado al príncipe con unos treinta agujeros en la panza sobre un manantial negro, lleno de mierda, por haberlos ofendido, pero no se atreverían, no esa noche.

Gwýnwraith suspiró. Miró a la soldadesca, que aguardaba con sus espadas envainadas formando una media luna. Harapos lo miraba sudoroso.

«Quiere que lo ayude. Pese a su altanería quiere que lo ayude pero no se atreve a pedírmelo. Alguno de los dos tiene que hablar pronto. Alguien tiene que romper este silencio incómodo y no seré yo».

—Si estás buscando el apoyo de mis hombres, pierdes el tiempo —se contradijo, después de que graznaran los cuervos—. Tienen una misión oficial y abandonarla se pena con muerte tras largas torturas en la torre del inquisidor. Tu hermana Sibine... no es prioridad para mis huestes. Lo siento.

Le había costado decirlo, casi tanto como guardar silencio.

Mùstard lo miró a los ojos. De hombre a hombre. De príncipe a caballero ungido por decreto papal. Y asintió lentamente. Señaló el santuario del Crucificado. Los grabados en los vitrales mostraban a un hidalgo con armadura que

acompañaba a un coracero en su peregrinación hacia las míticas tierras de los cuernos. Gwÿnwraith miró la imagen por el rabillo del ojo porque el príncipe la observaba sin disimulo. Conocía la historia. Los crísticos que ayudaron a los cabríos en la cruzada de Ciudad Abisal no habían quebrado su juramento porque antes del papa estaba su voz interior, siempre que estuviesen entrenados en la llamada gnosis, un arte antiguo de su orden que se había perdido, pero que él practicaba gracias a su educación. Sabía qué debía hacer, y también que aquel hombre lo conocía mejor de lo que creía.

«Sibine... ese nombre... en serio ha sido suerte atinarlo, así que supongo que...».

—Mùstard... —susurró, e hizo una pausa. Pensó que sería mejor hablar de su hermana en el camino, por lo que cambió de parecer y se giró a los soldados que lo miraban comentando cosas.

—Vosotros podéis esperarme aquí —les dijo— en este santuario, mas si no vuelvo en tres noches vais a marcharos. De lo contrario seréis castigados, porque Dios... bueno... vosotros sabéis que el papado tiene espías por allí y por allá, y si os encuentran perdiendo el tiempo os van a zurrar.

«En cambio, conmigo es diferente. Mi código de caballero me permite tomar excepciones por compasión, pero no tengo que explicárselo porque no lo entenderían».

Los miró.

Eran borrachos malolientes que cabalgaban con él desde que se dirigieron al norte. Sabía cómo pensaban. Tíos similares a Thein y a Roggi, blanqueados por el clero, que no comprendían sus obligaciones, pues sus fechorías las concretaban en nombre de un Dios no cuestionado. Él era distinto. Mataba por su deidad interior, y podía negarse a carnicerías que la Iglesia encomendaba, ya que conocía la gnosis.

—No me jodas, Gwýnn —escupió Thein tras mostrarle los dientes—, no creo que vayas tras el coño de la hermana de ese príncipe hijoputa. ¿O estoy equivocado?

Harapos le lanzó una mirada fría que lo hizo retroceder. Gwýnwraith, de pie a su lado, le quería decir que se calmase, pero no deseaba mostrar sus colores ante los carniceros de la banda. Thein a veces se pasaba de la raya.

—Es una orden —le recordó, y encaró al resto—, así que debéis obedecer. Antes de que termine la noche iré a buscar a esa tal Sibine, y viajaremos hasta Gragòria porque alguien tiene que relatarle al papado qué ocurre con lujo de detalles. Le enviaré un palomo, si es que alcanzamos las pajareras, y no os pediré que vengáis con nosotros porque sé que os negaréis, aunque la ayuda siempre es bien recibida.

No se movieron.

Parecían estatuas.

La brisa heló las manos de ser Gwýnn.

—Bien —continuó en voz alta—, parece que está claro, así que cuando regrese quiero que me guardéis un poco de aguardiente.

—Pensé que la cal roja te daba escorbuto —dijo Thein.

—Soy un caballero crístico —le contestó—, pero eso no significa que no mienta si no quiero beber alcohol de segunda. Cuando regrese lo haré. Hasta entonces, no os acabéis la botella.

Màol Mùstard no era quien imaginaba. Pese a su fama, le había salvado la vida mientras corrían por la planicie amarillenta, poblada de verbascos, agitando la espada. Tenía un sexto sentido que les sirvió para orientarse en la niebla, envueltos en mantos, hasta alcanzar la laguna después de cargarse a unos cuantos lechosos. La humedad había disminuido. Era inevitable que los acecharan los paliduchos. También lo era tratar temas para bajar la tensión, pues se habían topado con despojos en la pradera de mostazas junto a esqueletos de pequeños pichones. El frío helaba sus labios, y poco a poco disminuían las ganas de marchar campo a través.

—No hay noticias de tus amigos —susurró Harapos afilando su espada, apoyado en un pedrusco, en plena conversación—. Oí rumores. Los caballeros hospitalarios están salpicados como pecadores que van en busca de redención. Son patéticos, mas no puedo culparlos porque en el fondo están dormidos.

Gwŷnwraith asintió.

—Supongo que en estas circunstancias —continuó Harapos— muestran sus verdaderas caras.

Sin quererlo se estaba desenmascarando.

El calavera, que antaño usara camisas de satén y mangas abullonadas, enfrentaba al mundo con sus andrajos. Llevaba el rostro ensangrentado bajo una melena larguinegra. Había muerto para renacer en otro que arrostraba al papado con ojos similares a los de Gwŷnn. Si la caída de Gragòria era motivo de su cambio o lo era la desaparición de su hermana, no se sabía, pero el ser estaba convencido de que algo le ocurrió en el viaje antes de pisar su casa.

Se mordió los labios.

Era suficiente mirarlo para comprender lo que a otros les tomaba vidas, pues la gnosis se lo permitía.

«Parece que las circunstancias te han cambiado», pudo decir.

Intentaba recordar el rostro de Sibine, aunque ni estaba seguro de habérsela cepillado tras ese concierto en la plazoleta. Sus pensamientos se disiparon como una nube de polvo al ver una sombra gatear por los altramuces. Desenvainaron. Pusieron atención. Lo que pensaban que era un lechoso los estudió en la penumbra. El lago regurgitó gracias a un canto ligero como si fuese un aviso, un *muévete*, *cuidado*, *idiota*, y eso que miraba tras

los matorrales se fugó como un lobato. Gwýnn y Harapos intercambiaron miradas y no pensaron al atar cabos.

«Los animales», pudieron decirse.

«Los animales», pudieron pensar, pero corrieron en pos de la sombra ante el lago silencioso.

Las zancadas de Harapos eran impresionantes.

No corría, galopaba como un trotón de las planicies sarracenas. Gwýnwraith era más lento, pues portaba armadura de placas casi completa, así que no podía apresurarse en esa pradera donde las espigas le llegaban al pecho. El polen se le metió en la nariz. Casi tropieza. Estornudó. El moco se disparó como un proyectil espumoso entre las panojas que agitaba la brisa, al tiempo que un ruido en la tierra bramaba como si las rocas se quebrasen con un relámpago. La trampa se abrió y Harapos, que perseguía a su presa como un rayo, se despatarró hacia la sima. Gwýnn se detuvo, soltó una blasfemia, no pensó. El trampeo para osos se practicaba en la Estepa desde tiempos milenarios, pero esos hoyos no se excavaban en regiones de escasos arbustos. Se acercó. Imaginó un cuerpo ensartado en las estacas junto a huesos de animales, pero solo encontró leños y barro.

«¿Dónde está? Demonios...».

Una respiración entrecortada se alzó ante el aleteo de las zumayas.

«¿Harapos?».

Lo vio.

Con el cabello enredado, cubierto de polvo y el respirar agotado se sujetaba de los pedruscos. Tomó impulso. Trepó. Sus rostros se encontraron entre las briznas que plumeaban mezcladas con polvo.

—Esta tierra... —dijo Harapos, todavía colgado— apesta a basura.

Ni una palabra.

Esbozó una sonrisa.

Gwýnn seguía sorprendido como una estatua de arcilla.

—No te quedes ahí. Ayúdame a subir.

—Claro.

Se inclinó para sujetarlo, pero presintió algo. Los mirlos piaban ante pasos sobre el crujiente ramaje. No había levantado la cabeza ni mirado de reojo, mas se quedó frío cuando unas puntas de lanza empujaron sus quijotes y sus avambrazos.

«Nos cagamos».

El rostro de Harapos lo confirmó. Tras sacarlo del hoyo lo vio revolcarse sobre la hierba como si hubiese caído en las justas, y no se inmutó cuando las sarracenas lo amenazaron con sus corcescas, menos cuando lo hincaron.

—Vas a responder algunas preguntas —le ordenó una a Gwýnn que aguardaba con la cabeza gacha y los ojos cerrados—, a menos que quieras acompañar al perjurio. ¿Está claro, ser?

Asintió.

—Todo claro —repuso—. Responderé a lo que digáis bajo juramento papal, y cuando termine tendréis que soltarme o...

La mejilla le ardió antes de recular.

«¡Auu!».

Una lanza lo había cortado.

—Dijimos que respondieras —le recordó la mujer con la alabarda—, no que nos dieras un sermón. Habla otra vez y te vuelvo a marcar la cara, habla dos y...

No escuchó lo siguiente.

Harapos lo miró relajado desde la gramilla.

—Mantente callado y todo saldrá bien —comentó—. En estos casos la clave es estar en silencio, porque si respondes, te churretean. Si el hombre conociera su poder, si bebiese la sustancia que guarda en su corazón, te aseguro que el mundo cambiaría para mejor, así que hazme caso, ser, y cierra tu puto hocico o nos cagarán a ambos.

Gwŷnwraith respiró.

Respiró ante esas más de dieciocho sarracenas que los rodeaban, armadas hasta los dientes. Era mejor escuchar a Harapos. Era mejor oír los consejos de ese señoritingo con fama de borracho, porque pocas veces lo habían superado en número, y esa noche no importaba su jerarquía. Esas mujeres eran sarracenas. Eran paganas del monte. Estuvo más claro cuando aquella con la corona de ramas y el rostro teñido de blanco lo observó. Gwŷnn agachó la cabeza. Escuchó el caminar de las

bandidas mientras hablaban en un oscuro dialecto. Le ordenaron avanzar, empujándolo, y obedeció al dar sus primeros pasos.

Pensaba acudir a las pajareras en Gragòria, pero había terminado en una jaula como un cuervo. Su compañero de celda miraba en la oscuridad, casi en silencio.

—Šarcca. Šarcca —musitaba como si nada importase.

Gwýnn prefería callar.

Pensaba que los soldados se habrían marchado del santuario rumbo al norte. Le rugió el estómago. Los pucheros despedían olor a patatas fermentadas, mientras los susurros del andrajoso penetraban en el crepúsculo como un estilete. La luna los saludó al tiempo que las sarracenas conversaban en su lengua incomprensible. Los miraban. Se reían. La sacerdotisa de la tiara comía semillas en una esquina junto a los prisioneros. El rostro maquillado de blanco proyectaba una sombra larga ante los canastos. Esos que otrora fueran gragorinos, desnudos o en andrajos, reptaban sobre la hierba mascando cebollas. Šarcca gateaba con un seno descubierto tiznado de hollín. Era un pecho pequeño que no despertaba su atención, pero era un pecho después de todo.

Harapos se volvió con los ojos enrojecidos como si hubiese llorado.

—Sibine —susurró—. Me gusta recordarla como Sibine, cuando todavía quedaba alguna ilusión. Era buena compañera, la hermana que te rasca la cabeza mientras lloras en el trullo porque has metido la pata y porque estás roto por dentro. Ahora mira en qué se ha convertido. —Le presionó la muñeca y lo miró con el rostro inflamado.

Gwýnwraith sintió que el otro no quería vivir, que la vida sin esa muchacha sería una condena.

—Dime, caballero —continuó Harapos—, ¿cuál es el castigo de tu dios para los hermanos que se aman más de lo que tu Iglesia manda? ¿Por qué el dios del obispo es tan tirano? Parece que se alimentara de felicidad.

«Vivir en el infierno —pudo decirle— ya es suficiente castigo».

Calló.

Había acudido al templo a reencontrarse con Cristo mientras los hospitalarios aguardaban fuera. La sangre de lechoso derramada por la Estepa, ahora pegoteada en el barro, pertenecía a una prosapia que la Iglesia no concebía, así como los pálidos no comprendían a los suyos ni los designios divinos. Pero esa noche no cavilaría. Su compañero estaba desesperado, y un fuego interior le decía a Gwýnn que no le dejara cometer una locura.

—Dios se alimenta de tu dicha siempre que se la des —le respondió.

—¿Cómo?

—Escucha, anoche me dijiste que guardara silencio. Ahora no te quejes y guárdalo tú.

Tenía que ser directo.

«Las cosas son como son, tío. Tú ya lo sabes pero se nota que esa chica te tiene destruido. Silencia tu mente y deja de echar tu basura en Dios, tal como deberían hacer los caballeros crísticos».

Miró sus vestiduras enmohecidas y hacinadas junto a las armas.

Respiró con profundidad.

No era que no le importara, mas no podía contarle de su entrenamiento en la gnosis ni que gracias a ello creía percibir el dolor ajeno como un aguijón en la médula. Se acercaban las sarracenas, vestían tocados y, bajo sus mantos, brazaletes y armaduras de cuero endurecido protegidas con escamas. Los carromatos aparcados ante los maderos delataban su procedencia norteña. Eran gitanas, gitanas de las que Thein, Roggi y otros habían comprado el brebaje con ponedora que quisieron compartir con Gwýnwraith. Una de las mujeres, de cabellos negros recogidos en una trenza y con los ojos maquillados con sombras, abrió la puerta con una llave de hueso y arrastró a Harapos de los pelos. Tres de sus aliadas lo inmovilizaron pese a que pataleaba y lanzaba gritos. Le metieron un embudo en la boca, tomaron una cuba y vertieron un líquido rojo. Casi se ahoga. Cuando terminó, cuando la sustancia se le escurría por las comisuras de los labios,

vomitó tras caer de rodillas sobre el herbaje. Entretanto, las otras batían más mezcla con un cucharón tras echarle polvos color ladrillo. Gwýnn sería el siguiente.

La del rostro ensombrecido se acercó, pero no abrió. Lo miró desde el otro lado de las rejas.

—Deberías escoger mejor a tus amigos —le dijo.

No respondió.

¿A qué se refería?

—¿Qué te pasa, Gwýnwraith? ¿Te comió la lengua el lagarto? —continuó la sarracena—. No nos conoces, ni nosotras a ti, pero nuestra maestra nos ha ordenado mantenerte al margen mientras finiquitamos nuestro asunto. Solo nos falta el principucho.

—Conozco a su familia. —La pausa que hizo fue larga—. Sobre todo la fama que antes tenían, y si elijo rodearme de los peores es para que aprendan algo que sirva.

La mujer torció el gesto.

—No pienses mal ni pongas esa carita —continuó Gwýnwraith—, porque no me creo la última sardina de la canasta, pero en este mundo poblado de asesinos muchos caminan dormidos y les falta un empujón para que despierten. Hete ahí a Harapos. Hace poco estuvo a punto de abrir los ojos, pero parece que por culpa vuestra los ha cerrado.

La sarracena se volvió a sus compañeras. Intercambiaron palabras en su lenguaje oscuro, y la de cabellos rojos se acercó con una cuba. Le mostró el contenido.

—Bueno, bueno, hay cosas que hablar. Tal vez por eso te reúnes con esos carniceros mal llamados soldados papales, a esos a los que les dimos gato por liebre y que deben estar rumiando cebollinos como los señores de Gragòria.

«Maldición».

Se contuvo.

—No entiendo —continuó la mujer— cómo puedes permanecer indiferente. Porque eres indiferente, no nos mientes.

—No miento.

—Sí... ¿Cómo no? ¿De verdad tienes fe en que las cosas cambiarán, pese a que no han cambiado en lustros ni cambiarán nunca? No me hagas reír. Nosotras viajamos por la Estepa con nuestro granito de arena, intentando reparar la situación. Visitamos a los gragorinos para hacernos justicia, porque esos hijos de perra, cuando éramos pequeñas, dejaron huérfanas a varias de nosotras. Luego nos topamos con los asesinos del papado por casualidad. No somos tan extremas, pues pensamos que matar no es la solución, pero tener a hombres terribles en estado de idiotas sería mejor alternativa. ¿No te parece?

No quiso oír.

Vio a algunos enterrar la boca en sus propias heces.

Su código era su corazón, y este le decía que todos deberían vivir como quisiesen. Miró por encima de las mujeres. Sintió un retorcijón en el esternón porque al regresar al santuario encontraría a sus huéspedes como animales, o quizá no hallaría a nadie.

«Olvídate de las cervezas con Thein —pensó—, porque eso no va a ocurrir. Los encontrarás lamiendo la orina de Roggi».

La bruja de la corona lo miró. Él frunció el ceño al reconocer una cruz de ramas entre sus medallones. Era del Cristo.

—Oye, pagana —habló, al tiempo que esperaba no equivocarse—. Parece que entrenaste bien a las mujerucas. Te felicito. Típico de bruja, pero en el fondo no me engañas, también eres crística. De lo contrario me hubieses dado el bebedizo.

No le hizo caso.

—¿Lo niegas? Pues tengo una sorpresa. Los partidarios del Cristo, no los del papado, sino quienes conocen la gnosis, comprendemos que todo ocurre por designio divino.

La mujer se volvió. Lo miró con sus iris color serpiente.

—Y por eso —continuó ser Gwýnn— te digo que ese hombre ahí rendido merece perdón. No porque yo creo que lo merezca, sino porque Dios lo quiere. Mi virtud me hace un portal de su palabra, uno consciente, así que concédele un juicio justo a cambio de un antídoto.

No sabía si existía, pero debía arriesgar. Tampoco tenía la certeza de que la bruja conociera la gnosis. Podría ser una

vendehúmos, una nigromante o cualquier cosa. La vio estudiar a Harapos desde su caldero. Él oía atento, el cabello hecho remedos y las manos hundidas en el fango. La pagana caminó ante las plantas de matalobos, hizo una seña con su vara y sus gitanas sacaron barricas con cal que vertieron por el llano dibujando un círculo.

Había aceptado.

Harapos se volvió a Gwŷnn.

«Gwŷnwraith...», parecía decirle, el brazo estirado tratando de alcanzarlo, pero el caballero permaneció en la pajarera como una roca.

Esperaba que ocurriera lo que tuviese que ocurrir, que el antídoto surtiera efecto —si existía— y que, cuando el combate terminase, Dios le indicara cómo seguir con su vida. Seguro que al retornar no quedaría nada de Thein ni de Roggi, ni de los otros soldados del santuario del bosque. Imaginó que hallaría residuos de sangre mezclados con pis en las gradas del templo, junto a fragmentos de vidrios de colores. Imaginó muchas cosas.

Llovía.

Gwŷnn continuaba en la pajarera, recostado en la hojalata. Hacía rato, Harapos llevaba desventaja, pero ahora estaban emparejados. El combate se pactó sin armas, a tres caídas. Una bota fuera del círculo contaba como una, aunque estaba

desdibujado gracias a la lluvia. Los contrincantes seguían en pie, en medio de un campamento de gitanos que abrazaba la humedad. La pelirroja agitó los puños con trozos de cristales pegoteados mientras Harapos bostezaba. Se había dejado ganar dos asaltos, pues consideraba a la mujer como una mujer, criaturas no forjadas para el combate a menos que padecieran de gigantismo o que tuvieran huesos fuertes. Para emparejar el duelo le bastaron dos fintas y un par de zancadillas, y ahora ganaría tal como sabía desde el inicio, tal como se lo comentara al caballero encarcelado.

Se acercó a la reja.

—No me gusta golpearlas —susurró sonriente—, pero esa loca dice que mi familia mató a sus padres cuando yo era crío, y que debo pagar por sus pecados. Te juro que no me faltan ganas de romperle la mandíbula a cabezazos para que mida sus palabras. La he sacado de la ronda dos veces, tío, dos veces, pero parece que va a ganarse unos dientes rotos. Esa lluvia de mierda... huele a pis.

—Creo que deberías tomártelo con calma.

—Ella debería. Se ha engomado cristales en las vendas de las manos. ¿Cómo tratar con algo como eso? ¿Qué harías tú?

—¿Yo qué sé? Solo hazla caer. Inmovilízala. Nunca he estado en tu lugar, y esa bruja solo me permite ser espectador mientras ella y sus gitanas miran desde los carruajes.

Harapos se volvió al horizonte.

El viento le sacudía la cabellera mientras la Roja lo observaba con sorna. Era alta. Tenía pechos que invitaban a mirar, turgentes como los de una dama escudera, empapados de lluvia... Ay... Y Gwŷnwraith pensó que, de no ser el caso, el deslenguado de Harapos intentaría montársela. No ocurriría. La gitana le lanzó una roca al andrajoso en la crisma.

—Mierda. —Se giró.

—Terminemos de una vez —dijo ella, que lo miraba en la oscuridad con hambre de batalla.

—Bueno —respondió Harapos. Dio unos pasos y desapareció en la penumbra.

Gwŷnwraith lo escuchó correr sobre las brozas, los jadeos de ella como si intentara golpear a la mole que era el otro, y se sorprendió al verlo recular hacia la reja, limpiándose la sangre de los labios. Le había cortado. Se volvió a Gwŷnn para susurrar:

—Te dije que con tías como esta no me contendré.

—Como quieras. Haz lo que tengas que hacer, y rápido.

Las cosas debían ser como debían ser, y cuando la Roja arremetió con un golpe de nudillos, el gragorino paró con la mano antes de darle un cabezazo en plena quijada. Se escuchó que caían dientes. Continuó. Otro tastazo en la frente y uno más en el triángulo hicieron que la sarracena cayera de rodillas, que se ahogara en sangre. Un líquido rojo manchaba el pecho de Harapos que respiraba agitado mientras la bruja salía del carruaje con su escolta de sarracenas. La de la trenza se acercó a la Roja

para recogerla no sin antes escupirle al príncipe. No se limpió. Recibió un frasquito de cristal que una gitana le arrojó sin mirarlo.

«Buena jugada», pensó Gwýnwraith, y vio que hacía visera con las manos.

Harapos halló a su hermana con la mirada, tomó un hueso, lo movió en alto para atraerla y ella corrió a cuatro patas bajo el chubasco. La abrazó. Era un reencuentro que habría esperado desde que los asaltaran en las llanuras de verbascos. Lo disfrutaban. Pero en medio de las cosquillas soltó el frasquito con el antídoto, que cayó al suelo y se rompió.

—Mierda... —susurró Gwýnwraith y se volvió a la bruja—. ¡Oye, tú! ¿Has visto lo que ha...?

—¿Pasado? —adivinó ella tras separarse de sus escoltas—. Sí. Lo he visto. Supongo que es una burla de Dios.

El aguacero empapaba su cabellera y se le escurría sobre el rostro sin correrle la pintura. Gwýnn se estremeció. No sabía si era un tatuaje o piel de verdad. La mujer se volvió a sus escoltas.

—Dadle otro antídoto —ordenó, y miró a Harapos, que estaba de pie junto a un charco rojo—, y tú, listillo, mejor úsalo sabiamente. Sirve para evitar que cambies. No revierte el efecto en los cambiados, así que olvídate de esa golfá y de los otros. Bébelo antes de que sea tarde y dale gracias a Dios. Tal vez te queden cosas por hacer en este mundo de pacotilla.

Se marchó.

Gwŷnn la miró en silencio hasta que la cochera, encapuchada y envuelta en un capote de plumas de ganso, tiró de los rucios y se llevó a todas consigo. No las volvió a ver. Se quedó pasmado ante los chubascos que golpeaban los armatostes, pensando en las palabras de la bruja.

—Oye, Gwŷnwraith. —Era Harapos. Parecía que tenía el alma rota.

No supo qué decir.

—¿Qué pasa? —susurró.

—Hazte a un lado. Esas tías olvidaron quitar la llave a las rejas. Voy a romperlas.

Lo había olvidado, y al otro parecía que no le importaba su pérdida, que hacía de tripas corazón porque no quedaba salida. Lo vio acercarse al canasto donde guardaban las armas y las piezas de su armadura. Sacó un mandoble y se acercó, arrastrándolo por la gramilla. Los animales perseguían sus propios culos.

—Dije que a un lado —repitió Harapos—. Después de todos tus esfuerzos no quiero matarte. Es una madera dura, así que tardaré.

—Eso... puedes hacerlo después. ¿Qué harás ahora?

—Gwŷnwraith, no quieres saberlo, en serio que no quieres saberlo porque tendré que ir contra tu dios, si comprendo bien a qué llamas dios. El bastardo quiere hincharme las bolas, y no viviré en su mundo donde uno sufre persiguiendo lo que ama. Yo solo quería volver con mi hermana, ¿es mucho pedir?, y como no

se pudo, quise destransformarla, pero también me lo negó. Si así es como piensa, me cago en su boca.

Silencio.

El caballero agachó la cabeza y aguardó ante la lluvia.

—Entiendo —dijo mientras la sombra se acercaba arrastrando el acero bajo ese diluvio que parecían lágrimas, lágrimas por un hombre que otrora había despertado, pero gracias a otros, sus ojos estaban más cerrados que nunca y el corazón, destruido. Se hizo a un lado. El mandoble cantó. La madera estaba rota después del segundo espadazo y Gwŷnn, libre como un cuervo sin alas.

Gragòria, un principado fantasma. Sus calles, empapadas por un chaparrón de seis noches seguidas, se extendían por caminos estrechos que un caballero errante recorría con una enorme canasta. Llevaba comida cubierta con mantos para no estropearla, aunque era inútil. Tras despedirse del príncipe en la frontera con Llano Ámbar, había recorrido la Estepa en busca de sus tropas. Tal como imaginaba, los vitrales estaban destruidos y la nave empapada de orines. El silencio reinaba en el púlpito de granito, y ese mismo habría gobernado Gragòria si no fuese por el tamborileo de los chubascos.

Se detuvo en una callejuela de ladrillos en donde vio una grieta. Los hermanos Mùstard jugaban en un rincón como dos

tiernos gatos, cubiertos de pelo, con las uñas crecidas y unos cuantos raspones en el cuerpo.

—¿Estás seguro de que vendrá? —recordó que le había dicho a Harapos antes de separarse, a lo que este asintió sin pensarlo.

—Lo hará. Si regresas no olvides pasar por aquí. Construiré una guarida con algunos cartones donde la encontré la primera vez, en un agujero en la pared. Prefiero eso a las riquezas que teníamos. Si te apetece, puedes quedártelas, a no ser que otros las hayan robado. En el fondo, si fui feliz, fue gracias a mi hermana, porque era...

En ese momento había sonado un trueno y nunca escuchó qué siguió.

«Era más que una hermana —pensó al verlos revolcarse como dos animales—. Era tu mujer, Mùstard. Era tuya y tú le pertenecías. Pero claro, yo era un caballero crístico, soy un caballero crístico, uno verdadero, no de aquellos que arma la Iglesia para manchar los prados de rojo».

Dejó pucheros con leche junto a unas liebres recién cazadas en una de las esquinas. Era la única manera de alimentarlos, aunque sabía que no les quedaba tiempo. Esos animales no tenían pelaje de climas húmedos y Sibine ya esputaba flema con sangre negra, quizá hasta trozos de pulmón. Harapos la seguiría. Se acercaron como perros y él les acarició la cabeza.

«Pronto tendré que enterrarlos. Eso me dolerá. Estoy seguro de que dolerá, pero tengo que aprender a desprenderme de las personas».

No lo eran.

Un trueno barritó en las afueras iluminando el celaje, y él pensó que eran más felices que cuando vivían en el señorío. No conocía qué se tejía tras las paredes del castillo ni qué rumores corrían sobre los príncipes, solo que una pandilla de sarracenas había acordado matarlos por sus abusos y, al final, cumplieron. Pensó que Dios era a veces cruel, o quizá eran los mismos hombres por juzgar sus designios.

«Todo se oscurece si nos cubre la sombra —se dijo—, aunque supongo que cuando ocurre ahí estamos nosotros, los caballeros crísticos».

Metió la mano en el bolsillo de su capote y sacó un frasquito de cristal. El antídoto. Harapos se lo había dado antes de despedirse.

«Que lo aproveches —le había dicho—. Consérvalo. Servirá para algo».

Gwýnwraith apartó el recuerdo, vio que los animales yacían juntos, agachó la cabeza y atendió a la lluvia. Tendría que quedarse en el refugio hasta que amainara el temporal, escuchar las lamidas de ambos, sus gemidos, su respiración mientras se revolcaban tras las fuentes con restos de comida.

Cerró los ojos y escuchó.

La llamada de Dios.

«Gwŷnwraith».

LOS CRIACERDOS

Después de los rumores sobre su hija, después de que dijeran que Mòrdric era responsable de la muerte de Mildred Càlahad, Glotis había desaparecido. Quien lo conocía, sabía que ahogaba sus penas en el alcohol, que afilaba sus machetes para enfrentar al que tomara a la niña ante los arbustos de altramuces, y se los enterraría en la panza, cortando hacia abajo como una cruz, hasta que se escurrieran las vísceras. Era grueso como un oso y lo llamaban el Sangriento, pero debido a su sobrepeso creían que perdería. En los tiempos de la niebla, los labriegos de la Estepa se organizaban en compañías contra el régimen del Clero, aunque en esos días no interesaban dichas amenazas, sino asuntos de gravedad mayor. Sus hijos desaparecían, y el único sospechoso se llamaba Mòrdric Triturahuesos.

Sentado sobre jabas con su espada en bandolera, el perjuro arrugaba una carta de una labriega llamada Stella. Se santiguó.

«Dicen que la vida es injusta, así que voy a salvarme. La hija de Glotis no tenía que morir, pero despertó mientras yo la ponía en... Bueno... bueno... Esos recuerdos tiernos se quedarán conmigo. Supongo que pasó por algo, porque todos nuestros actos son voluntad de Dios».

Se limpió el sudor tras volverse a los gamberros. Era un asesino pálido de largos cabellos negros con un corte en la cara. Curtis Pelirrubio, su único compañero, esnifaba junto a los esteparios esperando algo.

—Iré directo al grano —les indicó Mòrdic—, pero antes quiero...

—Silencio... Carajo... ¿Tienes algo que añadir en tu defensa?

—Solo decía...

—Sí, tío —interrumpió un cabrero—. Dicen que nadie te vio, pero Glotis no dice mentiras.

Le cayó un tomatazo.

Empezó a limpiarse.

«Pobres diablos. Os dejáis convencer por un idiota. Ya veréis cuán errados estáis...».

No se dio cuenta de que uno de los gamberros desenvainó e intentó cortarlo. Pero Curtis paró con su hoz, tomó al hombre de la capucha y le puso el acero en la garganta.

—¡Quieto! —advirtió—. ¡O te corto, colega!

Casi de inmediato, la situación empezó a calmarse.

—Así está mejor —susurró ante los esteparios. Se hizo a un lado sin dejar de mirar al labriego.

—Triturahuesos —añadió al retirar la hoz— no está en nuestra contra.

Murmuros.

Blasfemias.

—Hemos charlado antes de que vosotros llegarais —continuó—. Será un bebemierdas, antiguo caballero crístico y todo lo que queráis. Si habrá violado a la hija de Glotis, vete tú a

saber..., pero mientras nos ayude con nuestros asuntos, mejor dejarlo con vida. Además... ¿habéis olvidado que trae noticias? Si os lo cargáis... Pam, Lory, Greys y el resto de mujeres llorarán ante los cuerpos de vuestros hijos.

Mòrdric lo miró.

Lo había salvado.

Los gamberros intercambiaron unas cuantas palabras.

—Como siempre digo —comentó Triturahuesos—, hay que saber ser agradecido, así que muchas gracias, Curtis. Recuerda que te debo una, y también a todos vosotros, porque parece que lo entendéis. Claro que, si deciden matarme aquí y ahora, no me defenderé y me entregaré como buen cristiano que soy. Pero algo me dice que no lo harán porque de mí depende mantener felices a vuestras familias. La carta que tengo entre manos —Se la mostró— es regalo de Dios. Una labriega llamada Stella, que está atrapada con vuestros críos, la redactó con su puño y letra para que vayamos a rescatarlos.

Oyó susurros. Sujetos armados con bardiches, de rostros sombríos bajo sombreros de ala ancha, le guardaban rencor. Los niños desaparecían noche tras noche bajo la niebla y, gracias al destino y a la supuesta Stella, él sabía en qué pueblo los retenían. Era una esperanza para escaparse, aunque también para ayudar a los de la Estepa.

Tomó aire. La respuesta no gustaría. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

«Ese puto pueblo donde están prisioneros —pensó— no es el favorito de nadie por las historias que se cuentan».

—Oye, Triturahesos —dijo alguien.

—¿Qué quieres, compadre?

—¿La tía esa dijo algo de nuestros hijos?

Eso le dio una idea.

—Ah... Los críos están bien —respondió—. Comen lo necesario y se entretienen con los chuchos. Lo malo es que, cuando despiertan, algunos jergones están vacíos y cada tres o cuatro noches aparecen muchachos nuevos en una carroza. Cuando me enteré de que escribía desde Triàrquin... Bueno... ya sabes lo que se dice de Triàrquin.

—¿Triàrquin?

Los hombres se sobresaltaron. Lo que se oía de ese pueblucho, conocido otrora como Refugio del Diablo, no le gustaba a nadie.

—Así es. Triàrquin.

Decían que estaba embrujado, y no en vano lo habían quemado hacía generaciones. En los tiempos de la primera Gran Purga, la gente desaparecía sin dejar rastro y los clérigos culpaban al demonio, en vez de investigar a los esteparios. En las actas avalaron la aparición de una especie de *daimonium*, una figura blanca con torso desnudo que comía entrañas de cadáveres. No se atrevieron a capturarla. Los lugareños habían huido, pero, una noche después, regresaron a quemar el sitio. La vieja Triàrquin

ardió. Ardió como el infierno torrando todo consigo, y cuando el fuego cesó, cuando no quedó nada más que escombros, nadie encontró a ningún *daimonium*, salvo esqueletos maniatados en los desvanes. Desde entonces no se hablaba de ese pueblucho. No lo mencionaban porque repetir su nombre supuestamente invocaría al comecadáveres. En fin... Para Triturahuesos era una exageración fruto del creciente oscurantismo y, más que una criatura sobrenatural, pensaba que se trataba de un caso de gul asesinado en el incendio. Sin embargo su teoría cojeaba porque, pasado el tiempo, la gente aún desaparecía en los alrededores de Triàrquin, así que labriegos y familias de comerciantes se mudaron a baronías como las de Trìnide o Richelàu.

—Stella —continuó Mòrdric— ha sido clara. En ese pueblo vuestros críos no están solos. Ignoro por qué los retienen, ya que podrían matarlos u ofrecerlos a ese *daimonium* que adoran.

—¿Qué dices? —preguntó uno de los gamberros, algo incrédulo, mientras sus congéneres lanzaban más interrogantes.

Triturahuesos esperó a que bajara la excitación.

Lo que vendría era poco usual, pues en sus años al servicio del Clero no se había hablado de posesiones y, si las hubo, las habían clasificado como falsas. Los gamberros lo observaron con los ojos crispados. El único tenaz era Curtis Pelirrubio, que aguardaba en un rincón con el rostro sombrío.

—Según Stella —continuó Mòrdric— las gentes de Triàrquin adoran a cierta divinidad, una especie de demonio escondido en un cerdo muy grande. Lo llaman Gargaiàc.

—¿Gargaiàc? —repitió un campesino.

—¿Qué es un gargaiàc? —dijo otro.

—«¿Qué es un gargaiàc?» —contestó Mòrdric— no sería una pregunta correcta, sino «¿quién es?». —Los gamberros lo miraron con recelo. En el fondo le gustaba sentirse mejor porque en sus tiempos con la Iglesia había recibido cierta educación—. No es extraño que no lo sepáis —continuó— porque, para empezar, está en una lengua que solo conocen escribanos y unos cuantos demonólogos, pero en los grimorios se designa a una bestia tremebunda del Otro Lado del Mundo. No os asustéis. La experiencia en el papado me hace pensar que es un chivo expiatorio. Gargaiàc, en el sentido puro de la palabra, es un clásico de la demonología, un caso de *ars nigra secularis*. Es decir... oscurantismo en su máxima expresión, que no creen ni los charlatanes, así que no dejéis que os engañen. La versión de Stella es, sin embargo, que el tal Gargaiàc es un cerdo, uno enorme con mucho pelo, que se pudre día tras día aunque se mantiene con vida. Lo malo es que lo alimentan con niños. Ya os podéis imaginar con cuáles.

Murmullos.

—La cría, en su carta —añadió—, me cuenta que ha visto sacar esqueletos del chiquero con la carne pegada al hueso, como

si algo los hubiese chupado, y que luego los descargan en las perreras o en los basureros.

«Tremendas joyitas son esos criacerdos —pensó—. Primero obligan a los niños a jugar con los chuchos para después... darle sus huesos a los animales. A su lado soy un santo, pues solo se me acusa de dar amor a una niña que lo pedía».

Se guardó el resto.

En la carta de la joven había mucho más. Stella contaba que entre los hombres de Triàrquin había chalados que usaban mandiles manchados de sangre y máscaras de puerco cuando cebaban al marrano. Ni al golpearlos, ni al cortarlos, ni al quemarlos con aceite sentían dolor, y si cubrían sus rostros era por los síntomas de la peste del marrano. Lo último que la joven decía era que unos labriegos habían intentado rescatar a los niños, pero fracasaron. Los porqueros arrojaron sus cuerpos al otro lado de la empalizada.

Callar era lo mejor.

Según Mòrdric, los gamberros escondían cobardía detrás de rudeza. Se podrían medir contra labriegos, contra un tren de intendencia de la Estepa, pero se acobardaban ante monstruos y criaturas del bosque. Típico de los de la siembra. Si intentaba prevenirlos, si les advertía de la comunicación, darían un paso a un lado y podrían enviarlo a confirmar sospechas.

Mala cosa.

Cuando se dio cuenta cabalgaba por el llano con una panda de gamberros, todos armados con rastrillos de guerra, guadañas, horquetas, sables curvos y espadones que habían encontrado durante su paso, enterrados en despojos.

Mòrdric se rascó el mentón.

«Quizá la joven exagera —pensó al adentrarse entre la niebla—, aunque podría ser verdad. Bueno, dentro de poco lo sabremos. Además todo ocurre por voluntad de Dios. Incluso si tengo que morir, miraré a la parca con una sonrisa y estaré preparado para liberarme».

Su rucio se acercaba a los banderines clavados en torres vigías junto a esqueletos carbonizados. El león rampante en campo de sanguíneo y sables, manchado de rojo, resaltaba en el centro. Faltaban pocas millas. La última vez que cabalgara por esa región no había notado el blasón. El viento bufaba ante la marcha de los jinetes. Los treinta galopaban bajo mantos de piel de lobo y se resguardaban con lorigas que habían saqueado. Mòrdric llevaba una de sus días en la guardia. Sus espadas estaban afiladas. No necesitaba nada más. En cuanto entraran, arrasarían con los criacerdos, tomarían la granja y se cargarían a Gargaiàc. Luego rescatarían a los críos mientras él desaparecía en medio de la escabechina.

Parecía fácil.

—Aquí hay demasiado silencio —dijo Curtis haciendo visera con las manos—. Es como si el demonio escribiese un

interludio para darnos la bienvenida. Como si dijese: «Ea, idiotas, recapaciten y vuelvan». No me gusta. ¿Puedes ver a través de la bruma? Solo hay millas de terreno pastoso, contaminado con cadáveres.

Mòrdric asintió. Miró de reojo a sus rufianes antes de tirar de las riendas. Costaba distinguir las patas de la cabalgadura. Giró medio cuerpo e hizo una seña para que lo siguieran.

—Oye, ten cuidado. —La voz de Curtis sonó como trueno. Tenía medio rostro despellejado—. Te estás desviando. No te vayas a distraer.

—¿Cómo dices?

—Parece que la niebla no te deja ver o que estuvieras cambiando de camino. Como si realmente quisieras marcharte.

«Maldito».

—No me voy a ir. Pensé que confiabas en mí.

—Bueno, bueno, colega, no es para que te molestes. Pero no confío ni en mi sombra. Si te largas, sería un golpe bajo. Eres buena adición para nuestro cuerpo, y no me gustaría que yo y mis estacas fuésemos a buscarte para hacerte cambiar de opinión, o matarte por lo que sabes.

Mòrdric esbozó una sonrisa.

—Lo pensaré —dijo—, pero eso último deberías olvidarlo, porque en cuanto tomemos Triàrquin, y no quede nada más que nosotros y los niños, los campesinos van a cargarme o dejarme tullido por ahí, sufriendo, así que lo de irme lo tendré complicado.

Mejor usa tu tiempo para convencerlos de abandonar sus sentimentalismos, y de que Glotis me enfrente en un combate por el honor del coño de su bastarda. ¿No sería justo para todos? Recuerda que es gracias a mí que van a rescatar a sus críos.

—Dudo que la mayoría piense así —respondió Curtis—. Glotis era muy querido, y su hija, la pequeña Mildred, su tesorito. Tenía muchos padrinos.

—Mira, aquí entre nosotros, no soy quien toma a las mujeres si no se le ofrecen antes. Esa cría... se me ofreció. Me dijo que quería probar experiencias distintas.

—No me digas —respondió Mòrdric.

—No me digas tú que nunca la has visto. Tenía cuerpo de una joven en edad de merecer, no de una mocosa de once. Cuando paseábamos por el bosque me dijo que lo hiciera mientras dormía, no sé por qué, así que eso hice. Estábamos solos. Un bombón como ella con un tío como yo, que ha estado en la proscripción desde que el mundo empezó a irse a la mierda, y las cosas se dieron como tenían que darse.

No esperaba que Curtis siguiera la conversación. Cuando los hombres tocaban estos temas sacaban cara por lo moral y perdían los papeles ante un argumento indefendible. No ocurrió eso. El del rostro despellejado miró a un costado. Estaban solos. Su voz fue un susurro como si temiera que los fantasmas oyeran.

—Dime la verdad —susurró— y prometo olvidarlo. ¿Qué se siente?

—¿Qué dices?

—Cuando tomas a esas niñas en el bosque, cuando violaste a la hija de Glotis, por ejemplo, porque si estaba dormida, entonces la violaste. ¿Qué sentiste? ¿Puedes describirlo?

«No entiendo a qué viene esta pregunta», iba a responder.

Pero calló.

Dejó que continuara.

—Cuando tomas a una mujer por toda una vida —siguió Curtis—, la magia íntima pierde el misterio. Yacer se vuelve aburrido. ¿Qué es lo que te motiva para ir a por otros platillos, sobre todo más jóvenes? Por ahí dicen que no es tu primera vez.

Guardó silencio.

Tenía razón en que no lo era, y si había cometido esos errores había sido tiempo ha, cuando estaba lejos de la religión y antes de que lo ungiesen como caballero.

«Caray... Estos viejos siempre me hacen las mismas preguntas».

Abrió la boca. Lo que saldría de ahí serían las palabras de Dios.

—Es una experiencia inenarrable, no apta para todos —respondió—. Espero que te satisfaga porque los detalles son tan tiernos que hay que guardárselos. La senda es oscura, despellejada, pero si quieres recorrerla, adelante. Solo recuerda que si ocurre es porque una fuerza divina lo permite. Si no lo quiere, no pasará.

—Una fuerza divina. Ya...

El pelirrubio esbozó una sonrisa, siguió de largo mientras cavilaba en un silencio sepulcral. Y ahí murió el asunto porque divisaron la empalizada poblada de cadáveres que circundaba Triàrquin. Labriegos clavados con sus caballos como si hubiesen cargado con lanza en ristre, torsos de campesinos cubiertos de moscas y miembros desperdigados como excrementos de pájaro les daban la bienvenida.

La compañía rodeó la estacada apresurando el paso bajo orden de Curtis. Se abrieron entre la bruma. Avanzaron por un umbral cuyos guardias eran despojos. Los fanales iluminaban parte del llano, aunque casi todo era oscuridad. Creían que eran los únicos, que los triarquinos se habían marchado porque de lo contrario celebrarían sus rituales o quedarían rastros. Mòrdric aguardó.

«Llegarán pronto», pensaba.

No se equivocó.

Cuando menos lo esperaban, mientras uno de los esteparios silbaba una canción de soldadesca, un corcel cayó con las patas cortadas levantando polvo. La sangre salpicó mientras los gamberros se volvían a la niebla, desenvainaban, blandían y mataban a sombras que arremetían como demonios. Espadas cantando, chocando, vibrando... Guadaña contra hoz y hoz contra guadaña. Una cegadora cortó el brazo de una figura gorda con cabeza porcina que cayó sobre unas jabas... y Mòrdric

descabalgó. Detestaba pelear a caballo, así que corrió detrás de dos labriegos de su mesnada. Se encontró con un criacerdos que lo atacó con su cuña, pero bloqueó con una tabla. Hizo una finta, seguida de un golpe en molinete que le rajó el tronco. Se quitó el cuerpo de encima con las manos.

«Listo... El festín ha empezado».

Los porqueros eran fuertes como todo ritualista. Se movían por el campo en una barahúnda de cuñas y picas alzadas ante los treinta esteparios. Los gamberros resistían, y mientras más luchaban, Mòrdric pensaba más en Gargaiàc, pues su olor a mierda abrazaba a sus hombres como un miasma y sus crías corrían por las esquinas confundiéndolo todo. La peste era tan fuerte que embozó su rostro. Derribó una puerta de un puntapié. Encontró un osario. El grito de un gamberro lo hizo girarse, pero un criacerdo atacó.

La porra desgarró el aire.

Mòrdric no perdió tiempo. Le dio tres cabezazos uno tras otro hasta romperle el tabique.

«Tal vez si Curtis me cubre —pensó mientras corría—, pueda largarme. ¿Pero dónde se habrá metido ese hijo de puta?».

Lo atacaron en la penumbra.

Tomó a la sombra bajo la bruma después de parar, y cuando levantó el rostro, era uno de los suyos.

—¡Por Glotis! ¡Por Glotis! —gritó el traidor, y volvió a blandir.

Pero Mòrdric brincó a un lado, tajó al sesgo y le rebanó el brazo. Ni siquiera habían hallado a los niños y ya intentaban cargárselo.

—Así que quieren jugar rudo... —susurró al caer sobre el campo.

Dio un giro y con un corte calculado despanzurró al campesino.

Los niños huían por su lado, como borregos en fuga, y Mòrdric, que los miraba con confusión, los siguió esquivando hachas arrojadizas que caían desde los fanales. La niebla se aunó con la humareda en cuanto unos incendiarios encendieron los depósitos.

—¡A él! —dijeron los criacerdos que mataban entre el tumulto y le arrojaron franciscas, dagas, bolas de paja con excrementos, tomates podridos... pero los esquivó lanzándose tras un chozo.

Corrió como un cervatillo tras arrastrarse por el légamo, y después de escaparse, se cargó a unos esteparios que lo atacaron. Le bastaron cortes en cruz, paradas certeras y patinadas sobre intestinos.

Eso era Triàrquin... aunque lo tremebundo del pueblo eran los vivos mas no los muertos.

«Mierda... mierda... ¿Cómo escapar? ¿Cómo escapar?», pensaba escondido, recostado en un cortafuego, mientras limpiaba su hoja con las ropas de un cadáver. Pasado un rato caminaba sobre cuerpos cubiertos de gusanos.

Se santiguó.

Debía prepararse para el designio de Dios, así que empujó unas tablas abriéndose brecha por un muro tapeado. El tufo era nauseabundo. Patinó, se quebró hacia abajo, tuvo náuseas pero se contuvo. Al levantar el rostro se encontró a una figura rastrera de ojos pálidos con larga cabellera negra. Tenía el cuerpecito semidesnudo y en sus senos había arañazos. Sintió una punzada en el corazón.

Stella.

No podía ser otra más que ella.

«Por un carajo... —pensó—. Quiero marcharme de este lugar, a donde no me jodan esteparios ni soldados de la Iglesia, pero la puta suerte me escupe en la cara. La vida también es injusta contigo, ¿verdad, muchacha?».

No sabía si estaba viva o muerta.

Desenvainó la espada.

—Oye, tú. —Era un susurro desde abajo.

Bajó la mirada.

«Los niños».

—No puede oírte —le dijo uno que parecía el mayor. Protegía a otros que estaban sucios de sangre—. La chica se quedó sorda mientras se la comían. Otro de los tuyos casi se carga al marrano. Pero el gigante de Glotis lo atacó.

—¿Qué dices? —preguntó Mòrdric—. ¿Glotis? ¿Aquí?

El niño asintió.

—Agáchate —dijo otro—. No queremos hablar muy alto o el cerdo va a matarnos.

Obedeció.

Fue suficiente para sentir el miedo que escapaba de los críos con cada respiración. El marrano daba tumbos, aturdido, con el torso de Stella en su monstruoso hocico.

—Le dicen el Lord Porcino —dijo un niño al señalarlo—, pero tu amigo del rostro despellejado le clavó una estaca en el cráneo. Trepó mientras se comía a la muchacha.

—Llegó demasiado tarde —continuó otro—, y por eso ella murió.

—Ya veo.

—En realidad no la conozco, pero decían que se carteaba con los lugareños para que vinieran a sacarnos. Los primeros fracasaron. Tú y los demás habéis llegado más lejos que nadie.

—Pues supongo que...

—¡Sáquenos de aquí, señor! —atajó un crío más pequeño—. ¡Por favor! ¡Sáquenos! ¡Por lo que más quiera, señor!

—¡Sí! ¡Sáquenos! —dijo uno más—. ¡Y me convertiré... en... vuestro esclavo!

Tenían miedo a la muerte. ¿Quién no temía bajo la influencia del papado? Mòrdric sintió una estocada en el corazón. Un mal presentimiento. El fuego no alcanzaba al granero, pero no tardaría. Indicó que lo esperaran mientras caminaba en la

oscuridad. No era un héroe. No había viajado para salvar a unos pardillos. Muertos estarían mejor.

«Será un peso muy grande sobre mi espalda —caviló después de mirarlos—, si es que los salvo. Mejor que lo hagan otros. Lo único que les falta es algo de suerte y que las piernas no les fallen cuando vean a los chalados».

Estuvo a punto de tropezar.

El tío que lo amenazara antes de partir, el tío al que enfrentara el Pelirrubio, estaba irreconocible. Le faltaba la mandíbula, la nariz, los caninos... Su compañero yacía peor. Pronto encontraría el cuerpo de Curtis, una calavera sin piel con una cuenca donde anidaban víboras. Cuando se giró vio a los críos que seguían mirando.

—¡Por favor! ¡No nos dejes!

—La salida es por allí —Indicó con la mano—. Tengo asuntos que resolver.

El marrano daba tumbos con la estaca en el cráneo. Medía casi seis pies y de su boca salía el torso con los brazos estirados. Mòrdric tomó el acero con ambas manos. La punta miraba al techo. Pensó en ponerle fin. Dar dos trancadas, rebanar la cara de esa cosa llamada Gargaiàc, de quien aún dudaba si era un demonio, bastaría.

Pero de pronto...

«¿Cómo?».

Una mole calva con el rostro encostrado caminaba con unos lechones removiendo escombros. El calvorota arrastraba a Curtis de la guedeja. Lo arrojó. Cuando cayó sobre el estiércol le escupió en el rostro.

—De ti me haré cargo después —dijo antes de volverse hacia Mòrdric— porque primero he de arrancar la cabeza de este hijo de la gran puta.

—Glotis...

—¿Cómo estás, amigo? Parece que has caído como pensábamos, justo como ella lo planeó cuando le dictaba las cartitas. Pero ahora está muerta. Lo mierda que es la vida, maldito violaniñas. Cuando te empiezas a encariñar con alguien porque has perdido a tu hija, el puto demonio aparece para quitártela.

Mòrdric dio un paso atrás.

Glotis, a quien conocía como Glotis Gàllahad, ya no estaba. Las costras, la palidez, las venas en su calva no eran las del labriego de espaldas anchas que protegía a Mildred porque se había desarrollado más rápido que otras. Llevaba estacas clavadas en el pecho, la pierna partida, el brazo quemado con aceite hirviendo... empero... no cojeaba ni sentía dolor. Podría usar sus tripas como un dogal después de arrancárselas y ahorcar a Mòrdric hasta que sus ojos reventaran y salieran disparados como canicas.

—Oh, ya veo —susurró—. *Glotis*... ¿Es lo único que sabes decir? ¿Y quién es... Glotis?

«Eras tú mismo».

El apóstata se humedeció los labios ante el poseso. Los lechones se abalanzaron sobre los muertos. Mordieron, tragaron, eructaron, siguieron comiendo. Los niños corrieron tras ellos para escapar, pero el coloso los remató con su bielda.

—¡Ahhh!

Les mostró su dentadura negra.

—Si no estáis muertos —advirtió—, pronto os convertiréis, porque habéis pasado tiempo con Gargaiàc. Me sorprende que no os haya contaminado con su peste, pero ya pronto. ¿Comprenden? Ya pronto...

—Dejarás de parlotear —le cortó Mòrdric desde las sombras.

—¡¿Cómo?!

—Esos no me interesan. Mátales si quieres, porque tales trucos no tienen efecto en mí. Si me importaran, si fueran un poco valiosos en mi vida, no estarían en este cuchitril. Pero yo, amigo, soy el malo de la historia. Soy un violaniñas. ¿Recuerdas?

Se santiguó.

Pensó que a veces debía mentir un poco. Después de todo... el demonio paseaba por Triàrquin, y después de todo... él lo era. En el fondo pensaba que Glotis, Gargaiàc, los lechones y los porqueros eran víctimas al no poder elegir. En cambio, Mòrdric...

—¡Te voy a matar, bastardo hijo de perra! —gritó el coloso en la oscuridad.

Caminó hasta el cerdo y atacó con la bielda.

Mòrdric paró, se desplomó sobre la paja, rampó con velocidad.

El arma de Glotis sacudió la tierra levantando heno.

«Mierda».

—Te escapas como un conejo —comentó el gigante, persiguiéndolo—. O como una rata.

«Ni rata ni conejo».

Esgrimió de nuevo. Rebanó unas vigas y su sombra se extendió por el granero.

—¿Sabes qué sentí cuando la encontré muerta?! —gritó Dientes Negros—. ¿Sabes qué sentí?!

La había colgado de un árbol, sin falda y con el coño al aire.

—¿Sabes qué sentí?!

No hubo respuesta.

El coloso golpeó al viento.

Las armas resonaron tras el siguiente ataque. Mòrdric paró. Sostenía el pomo con las dos manos. En su vida había enfrentado a un gigante, pero eso no lo detuvo. Hizo una cabriola para evitar un porrazo. Dio un corte certero y desgarró... en la axila. Glotis no gritó. Escarbó en la herida.

—Una vez —dijo Mòrdric, tras limpiarse la sangre— dije que no tomo nada que no se me ofrezca. Jamás hubiera tocado a tu hija si la muy precoz no me hubiese provocado. Además... no sabía...

—¿¿Qué dices?!

—Que si no me hubiese provocado...

—¿Tenía once años! ¿¿Ella qué diablos sabía?!

El golpe con bielda se enredó en los cabellos de Stella, que era un cadáver.

El cerdo abrió la boca, soltó el torso, Glotis pasó encima y lo reventó de un pisotón. Dejó atrás una estela de sombras mientras los lechones corrían tras su padre. Mòrdric reculaba con destreza. Eludía el bieldo que sesgaba el aire. Se escondía tras las medas y corría entre los almiares para mantenerse alejado. La mirada de Gargaiàc permanecía en su memoria: un cerdo de rostro podrido con ojos cetrinos. En su tiempo como guardia nunca había enfrentado tales amenazas.

Se distrajo.

No vio cuando Glotis cargó. Los filamentos del pajar plumearon cuando la mole lo destruyó con su embestida. El bielgo se estiró como una vara que mordió el muslo de Mòrdric, derribándolo. La sangre manchó el forraje. El gigante tomó al apóstata del cuello. Le apretó la mandíbula mientras sus gritos se ahogaban.

—¿¿Qué se siente, violaniñas!? ¿¿Qué se siente!?

—Agh... Agh...

—Te voy a meter el bierdo en el culo antes de arrancarte la cabeza para dársela a Gargaiàc.

Lo lanzó sobre unas jabas con frutas podridas y cayó con la pierna doblada, formando un cuatro, el rastrillo clavado en el muslo.

Mòrdric se lo arrancó.

La mole se abalanzó con el rostro bañado en furia. Le dio un puntapié en la coronilla al tiempo que entraba el humo. El fuego corrió ante las sombras que reñían a punta de hoces, sables curvos, hojas que chasqueaban matando porqueros, gamberros, labriegos... Siluetas con sombrero de paja treparon por la pared acuchillando a las crías de Gargaiàc. El cerdo las embistió. Arrolló a unos con su corpulencia pero lanzó un chillido cuando lo bañaron en aceite hirviendo. Le arrojaron una antorcha. Berreó. La flama viviente empezó a encabritarse, corriendo en círculos por el granero que se quemaba.

Incendarios se paseaban como Pedro por su casa, con cabezas de cerdos que acababan de arrancar. Mòrdric se distrajo. También Glotis, que, al ver al marrano ardiendo, ahora sin vida, se tocó la pierna, el pecho tachonado con estacas y la desgarrada axila. Puso una rodilla en el heno como sintiendo dolor, y una lengua de fuego lamió su mano. Pegó un grito ante Mòrdric, que se limpiaba la sangre de los labios.

—La vida es injusta, ¿no, Glotis? —se burló Triturahuesos ante una mole que echaba gritos y empezaba a arder—. ¿De qué te ha servido vengarte? Dios deja vivir a tipos como yo... para que sigamos por ahí, haciendo de las nuestras. En cambio otros,

que se mueven impulsados por sentimientos, porque creen que algunos les pertenecen, están destinados a caer en los pozos más bajos. Me pregunto si tus amigos, después de esto, querrán seguir viviendo en un mundo tan absurdo.

Se puso de pie.

El coloso dio un paso, extendió el brazo para agarrarlo pero se desplomó envuelto en brasas. El fuego cabalgó por el campo de batalla mientras los gamberros escapaban con los niños. Las vigas se desprendían sobre los menos afortunados, que morían junto a los cerdos aplastados como estiércol. Mòdric escapó entre una pared semiderruida. Saltó sobre los escombros con el rostro embozado para cubrirse del humo. No se volvió. No debía, pues los incendiarios tomaban Triàrquin, y si lo encontraban, si por un momento se cruzaba con ellos, lo atraparían para ahorcarlo por el asesinato de Mildred Càlahad y el de su padre Glotis. Mejor mantenerse lejos... De los rebeldes, de los sectarios con rostro de cerdo. Lejos de todo.

Con la frente perlada de sudor y el rostro tizado continuó hasta perderse en la lejanía. No había duda de que Dios lo amaba, ni de que era un tío con suerte. Siguió cojeando con la cabeza gacha, contando los muertos regados a su paso. Siguió cojeando hasta que el olor a quemado se esfumó y, cuando se detuvo en medio de los maizales, miró atrás, cansado, para comprobar que había salvado la vida.

Después de apartarse de la escabechina, el Rompehuesos paró a descansar. Se quitó la loriga y quedó tumbado en medio del llano, con cuatro agujeros en el muslo que le ardían. Sacó un pellejo y derramó aguardiente en la herida.

«Maldición...».

Después de todo seguía vivo como la peor de esas criaturas mal llamadas demonios. Se quedó dormido. Cuando despertó pensó en Gargaiàc, en sus ojos cetrinos, en el rostro putrefacto y en el hedor que lo perseguía. No sabía si era un poseso o un puerco enfermo. Tampoco con quién había reñido. ¿Glotis? ¿O algo que usaba a Glotis? En sus días en el papado oía de chalados que se drogaban para evitar el dolor. Los brujos decían que en tiempos más antiguos unos salvajes del bosque luchaban desde el alba hasta el crepúsculo tras tomar unos tés de hierbas para no cansarse. Además, al aspirar la peste a muerto se consumían en violencia. Mòrdric se quitó la tierra de la almilla y pensó que exageraban.

«Es una corazonada —se recordó—, pero es verdad cuando dicen que las cosas están cambiando. Estas llagas... son solo rasguños».

Tres noches después miraba los andurriales. Triàrquin, otrora conocida como Refugio del Diablo, lo recibía con un olor a olvido. Los gamberros no habían enterrado a nadie. Grajos volaban de aquí para allá antes de picar a por trozos de carne.

Gules chupaban las tripas de un cadáver, pero eran solo gules y para el exiliado esas cosillas no representaban un problema. Pese a su cojera lo resguardaba cierta experiencia, así que siguió de largo entre los escombros.

El cielo miraba la ruina mientras Triturahuesos meaba sobre osamentas chamuscadas. ¿De quiénes serían? Había demasiada ceniza. Cuando terminó se distrajo con una escotilla. Se acercó y bajó. Dentro había un refugio que no había alcanzado el fuego. No se detuvo ante las ratas que se comían a un perrato ni ante otros restos de animales, mas sí ante el gamberro de rostro despellejado que yacía tendido en un jergón. Lo reconoció. Una niña rubia, con un ojo morado, atendía sus heridas.

—Menuda la suerte que tienes, desgraciado. —El hombre esbozó una sonrisa—. Ya se te echaba de menos. ¿Dónde carajo te habías metido?

—Solo anduve... por ahí —respondió.

—¿Solo una herida en la pierna? Vaya, vaya. Se nota que te ama el diablo.

Mòrdric le mostró su medallón. Era una cruz del Cristo. La niña le alcanzó agua al enfermo en un puchero. Curtis bebió.

«Me corto un dedo a que se la ha cepillado. ¿Cuántos años tendrá? ¿Once? ¿Diez? Mierda... Hasta le ha dado una paliza».

Se inclinó a acariciarle la cabeza y ella se hizo a un lado. Empezó a temblar.

—No te voy a hacer daño. Encabezaba a la banda que viajó a salvarte a ti y a tus amigos, pero esos tíos y yo no nos llevábamos bien. Me llamo Mòrdric Triturahuesos, o por lo menos así me dicen los esteparios. ¿Cómo te llamas, princesa?

Curtis le indicó a la niña que respondiera.

Ella asintió.

—Te-te-te-Teresa.

Mòrdric se apartó el cabello del rostro. Se volvió al herido.

—Está temblando, amigo. No me gusta cuando los niños tiemblan. Si existen es solo para darles amor.

El hombre no respondió.

Se quedó mirándolo.

«¿Qué te traes escondido, violador de mierda? —parecía decirle—. No me digas que ahora quieres jugar al bueno y cambiarte de bando».

—Te hice una pregunta... Curtis. —Lo amenazó con la punta de la espada, como jugando.

Las ratas gruñían.

—Responde.

—Vamos, vamos, es solo una mocosa. Tú hubieras hecho lo mismo que yo. —El Pelirrubio se levantó. Caminó con dificultad apartando cajas y cadáveres de ratones—. Después de tomar Triàrquin esos putos se marcharon y me dejaron abajo como un saco de huesos. Piensan que me cargaron en el incendio. Si la mocosa vive es porque yo la salvé, así que merezco una

compensación. La saqué de los escombros mientras otros se largaron sin que les importara una mierda. ¿No es cierto, Tere?

Tere asintió.

—Qué bonito diminutivo, Curtis —le dijo Mòrdric antes de volverse a la niña—. Dime, cariño. Te voy a hacer unas preguntas... y quiero que me contestes con toda honestidad. ¿Cada cuánto... se la chupas a este bastardo? ¿Y qué hace si te niegas? ¿Te golpea? Me gustaría saber quién te dejó el ojo morado. Dime otra cosa. ¿Quién es peor, este o los criacerdos de Triàrquin? ¿Este o el cabrón de Glotis? ¿Este o Gargayàc? ¿Este o...

—«¿Este o yo?», te falta decir —lo interrumpió Curtis desde una esquina. Recogió una estaca—. Estoy seguro de que esa pregunta se responde sola. Estamos en lo mismo. Te gustan tiernas, a mí también. ¿Qué tiene de malo? Te follaste a la hija de Glotis, pero te ha dado por jugar al santo después de haberte cagado en la cara del diablo, incluso después de que te salvó.

—Y me seguiré cagando en ella, Curtis, cuantas veces quiera, y eso a que llamas diablo seguirá salvándome el culo de por vida.

Silencio.

Curtis sonrió.

—No me conoces, anciano —continuó Mòrdric—. Nadie me conoce. Si me da la gana cambio de parecer y recorro la estepa cargándome a violadores de niñas porque soy el

Rompehuesos, y porque puedo hacerlo. Podría arrancarles las pollas, hacerme un colgante para volverme famoso como un puto bienhechor, podría hacer lo que quiera siempre y cuando Dios lo permita, porque conozco su palabra, porque está en mi corazón, y porque nunca ha dejado que obre en contra de lo que quieren mis hermanos. Esa niña, la hija de Glotis, a la que todos piensan que violé, se me entregó. Me dijo que la follara mientras dormía, como ya te dije, y lo he repetido hasta el hartazgo.

—Sí, compadre. ¿Cómo no?

—Es la verdad. No te obligo a creerme. Tampoco te negaré que se veía como me gustan, y sí... disfruté de lo que hice, y lo volvería a hacer si me lo pidiese. Lo único de lo que no soy culpable es de su muerte, porque mientras embestía se le paró el corazón. —En ese momento había temido como nunca. Empujaba sin darse cuenta. Había descargado tarde, justo cuando a la cría se le soltaron las tripas. Luego se apartó, y mientras recordaba se guardó los detalles—. En fin... La vida es muy misteriosa. Cuando volví en mí, la colgué de un árbol antes de marcharme. Lamentablemente la suerte no siempre juega a mi favor, porque parece que alguien me vio, y si no era amigo de Glotis, a lo mejor recibió unas monedas por abrir la boca.

Curtis se encogió de hombros.

—Bueno, Mòrdric, esa es tu versión de las cosas. Todos creen que la tomaste por la fuerza con ese pretexto de que todo lo que ocurre es voluntad de Dios. —Esbozó una sonrisa—. Si te

quedaras con nosotros, del lado de los revolucionarios, seguramente te iría mejor en la vida. Creemos que es cuestión de tiempo que el Clero se derrumbe, pues se están descubriendo todas sus mentiras. Pero eso, amigo mío, es otro tema. ¿Por qué no olvidamos lo que hiciste? ¿Por qué no salimos juntos de este refugio y le pegamos una visita a los líderes labriegos para presentarte con las formalidades del caso?

Mòrdric lo miró con el rabillo del ojo.

—Es una idea que me cuesta digerir. Parece maravillosa aunque el único problema es que odio las formalidades. Mejor escúchame tú a mi, pues desde hace rato quiero proponerte algo.

Silencio.

—¿Hablas en serio?

—Como nunca. ¿Por qué no... compartimos a la muchacha esa?

—¿Cómo?

—A Tere, como le dices de cariño, y si ocurre lo que tiene que ocurrir, si la matamos mientras la tomamos por ahí entre esos tablones, diremos que son designios de Dios, que son cosas... que nuestro amado señor nos permite porque las experiencias son lo esencial en la vida. —Le mostró los dientes y le estrechó la mano—. ¿Qué te parece, anciano? Luego me dejarás ir solo, a mi modo, y nuestro pacto quedará sellado.

Curtis dudó.

Su rostro palideció como el de un muerto antes de sonreírle. No era una sonrisa sincera, sino una para la ocasión. Los dos rieron despacio. Luego un poco más fuerte, y después... más fuerte hasta terminar en carcajadas tremebundas que asustaron a Tere, carcajadas que retumbaron en la oscuridad del refugio y que cumplían la voluntad de un dios que permitía el asesinato y todo tipo de perversión.

El rostro de Curtis palideció de nuevo. Pero sus labios se torcieron y su sonrisa se desdibujó. Mòrdric le había clavado la estaca. Se la hundió entre las costillas, muy al fondo para que la herida no cerrara nunca. Pensó en dejarlo que se desangrara junto a los roedores, pensó dejarlo en ese rincón atestado de jabas y tablones, pero se le ocurrió algo mejor. Se giró hacia la niña. Le señaló el armazón donde estaban otras estacas y le dijo:

—Toma una o varias, y ayúdame a matarlo, si es que lo deseas de corazón.

Tere no dudó.

Caminó entre las cajas, con lágrimas en los ojos. Tomó dos estacas y se las enterró a Curtis, que poco a poco se desplomaba sin palabras. La niña se las hundió con ganas, como si disfrutara, justo en el pecho y en el bajo vientre, y Mòrdric comenzó a contar las agujadas. La última fue en el ojo cuando el Pelirrubio era solo un cadáver.

—Ochenta y ocho —susurró Mòrdric ante una pequeña agitada por la emoción del asesinato—. ¿Te gusta cómo suena?

Ochenta y ocho. Creo que, si volvemos a vernos o si decidimos caminar juntos, puedo llamarte Ochenta y ocho siempre que quieras. ¿Qué te parece?

La niña no respondió.

Ni una palabra. Ella no estaba presente.

—Bueno, Tere, como deseas. Pero la oferta sigue en pie. Tengo buen olfato, y la voluntad de Dios está en tus manos. Si quieres aprender a pulir tu estilo, si quieres aprender cómo se mata, cuando crezcas búscame y pregunta por mí.

No sabía por qué lo había dicho, pero pensaba que tener a una pequeña de su lado alejaría toda sospecha, y podría caminar tranquilo por la Estepa impartiendo la voluntad de Dios. Se santiguó. Cuando salió por la escotilla recibió el viento en la cara. Fuera estaba oscuro, muy oscuro. Se plantó ante un panorama desolado, poblado de coyotes que merodeaban en los osarios, y de unos cuantos gules que se peleaban por comida. Tomó su crucifijo. El hombre tallado era un gran maestro, un personaje malinterpretado que se revolcaría en su tumba si supiese la voluntad del Clero, si supiese que usaban sus enseñanzas para impartir culpa y crear división entre lo bueno y lo malo, una división que desunía a los hombres porque así les convenía. Le parecía estúpido. La moral siempre cambiaba con el paso de la historia.

Caminó en la oscuridad. La cojera había disminuido. Escuchó que se abrió la escotilla y se dio la vuelta esperando ver

algo, pero se equivocó. Era el soplido del viento. Se sentó ante unos huesos, se recostó en un muro manchado de sangre y miró las cabezas de cerdo que lo observaban con los ojos vacíos. Esa noche se quedaría ahí. Esa noche descansaría en ese pueblo maldito al que muchos esteparios tenían miedo, y cuando saliese el sol por el horizonte se enrumbaría dirección norte, solitario como siempre, hacia la vida del proscrito.

JULIO CEVASCO REENCUENTRO

“Los tratos con
el demonio nunca
salen bien.”

CARLOS
ECHEVARRÍA



**GOLDEN
MOON**

ILUSTRACIÓN: KIKE ALAPONT
CORRECCIÓN: TELOS SERVICIOS EDITORIALES
PRIMERA PUBLICACIÓN: TENEBRA, TORRE DE PAPEL, 2017

REENCUENTRO

Lord Mòrwin Gràufeld miraba a la mujer pàlida, de pie junto a la ventana. Palpó el vidrio con los dedos. La bífora que lo protegía tenía los cristales empapados de la misma lluvia que golpeaba el bosque, y los árboles sin hojas se extendían bifurcándose en caminos sombríos, hasta perderse en la oscuridad. Los lobisones enterraban el hocico en los cuerpos de ritualistas de la Torre de Baccanàl. Mordían los despojos en la basura. Las cruces partidas eran muestra que los caballeros crísticos se extinguían, ya que en otros tiempos hubiesen arrostrado a Mòrwin con una comitiva de soldados papales, pero siempre quedaban menos. Intuía sus debilidades gracias a sus pactos con monstruos cabríos, ya que hacía lustros pusieron a prueba sus creencias. Por algún tiempo tuvo dudas. Sentía una presión en el pecho, una especie de miedo a equivocarse. Después de todo estaba acostumbrado a ver sacerdotes torturar posesos, torsos y progerios, cuerpos que se balanceaban desnudos encadenados sobre el potro, pero ahora todos estaban muertos.

«El demonio sabe», pensó en su habitación al ver a la mujer que lo esperaba en el bosque.

Se dio la vuelta y caminó por la Sala del Rito. Había sacrificado a siete niños, los cuerpos podridos sobre mesas de ladrillo. Las moscas zumbaban junto a cálices con los signos tallados en el idioma de los grimorios: la luna, el colmillo, el zodiaco, el trisquel. Lord Gràufeld aún tenía hilos rojizos en las comisuras de los labios.

¿Desde cuándo no había visto a la mujer, y desde cuándo no se sentía tan libre en el torreón de la baronía? Si bien lo tenía todo, a la vez, nada. La opresión de los clérigos por sus costumbres paganas, los murmullos de la servidumbre por sus hijos desaparecidos, el odio sembrado por sus vasallos, el desprecio hasta de sus perros y de las sombras de sus perros... Todo lo que rodeaba a esa tierra y toda alma que la habitaba, le asqueaba. El hedor natural del hombre y de la mujer. La peste a sudor, excremento, orines y sexo no se quitaba ni con los bálsamos que vendían en los mercados; y era precisamente esa pestilencia la que por fin empezaba a desaparecer. Un hedor nauseabundo como el de la vida extendía su estela por los caminos boscosos.

«Los bálsamos mortuorios, los hedores que despiden esos sacos de hueso y carne son los vestigios dejados a lo largo de mi existencia», pensó al abrir.

Bajó las escaleras recordando sacrificios que había cometido a la sombra de sacerdotes. En ese entonces, cuando se alejaba para ofrecer sangre a los cabríos, los bosques donde edificaba su santuario eran aún verdosos, pero desde la última ofrenda quedaron cercados por una niebla que no dejaba escapar a nadie.

—Todo lo que hice, lo hice por ti —susurró al bajar los peldaños.

La mujer pálida, la única a la que había amado, fue también la única que lo dejó. Pero en cuanto sus dudas se disiparon decidió recuperarla.

«Ocho meses en el interior de tu vientre. Otros ocho amamantándome como un ternero, pero después de catorce años era yo quien te amamantaba y tú la que te bebías toda la leche. ¿Por qué me abandonaste, madre? No era perfecto. Ninguno lo éramos. Te fuiste por tanto tiempo y ¿para qué? Me gustaría saberlo».

Empujó la puerta con su mano huesuda. Salió hacia la oscuridad. Su madre-amante se encontraba ante él, rodeada de un anillo de bruma y resguardada por lobisones de pelaje espinoso.

Mòrwin no tenía por qué temer, ya que había ofrecido el mayor sacrificio al Príncipe Cabrío. De cuatrocientas almas constaba su reino y cuatrocientas había entregado. La Torre de Baccanàl, junto a los miles de hectáreas que conformaban sus tierras, se había transmutado en un pedazo de averno. No se arrepentía de la sangre ni de que fuese castigado, sabía que después de la muerte solo quedaba la oscuridad, porque su raza era una raza creada por el diablo para saciar sus placeres, sus ansias, mendigar amor y otorgarlo a espíritus idealizados.

Marchó hacia su madre, quien lo esperaba al final del camino. Los lobisones observaban como atentos guardianes.

—Abrí la puerta del infierno y ahora te encuentras aquí. — Quiso tocarla pero la mujer se hizo a un lado. Mòrwin dudó—. ¿Qué te pasa?

—Que estás chalado. —Un susurro seco en la oscuridad, casi sin mirarlo—. Seguro dirás que todo lo hiciste para buscarme,

porque querías revivir nuestro pasado, pero nada funcionará.

—Claro que funcionará —continuó Mòrwin—. Descenderemos a los abismos...

«Nos acostaremos sobre el barro como en los aquelarres del pasado», pudo añadir, y se le pasó por la cabeza olisquear su cuerpo y que oliera el suyo como en las noches echados bajo las sábanas.

—No ocurrirá. —La mujer agachó la cabeza mientras detrás surgía una sombra alta y espigada que se formaba de niebla, pero también de la hojarasca que tapizaba el bosque. Los lobisones se abrían paso para dejarla pasar.

Mòrwin dejó que su boca se abriera. No quitó los ojos de la figura cornuda que posaba su mano sobre el hombro de su amante.

El monstruo de piel desollada sangraba sin dolor pero sangraba. Los cuernos de cabra se encorvaban con orgullo. Su rostro, femenino y masculino a la vez, tenía la perfección de un dios. El Príncipe del Averno se encontraba ante él con su cabello largo, rojizo, casi encrespado. Un seno pequeño le colgaba del pecho y bajo el vientre tenía un miembro grueso, curvo y alargado. Padecía de priapismo: la marca de todo cabrío.

Mòrwin sintió una presión en el pecho como si estuviera celoso.

—Te entregué un reino, cuatrocientas almas —arrostró al demonio, agitado. Las rodillas le temblaron pero no cedió—, solo para cruzar las puertas de los abismos y buscar a la mujer que te

acompaña. ¡Dámela!

«Nací para ser su compañero, beber la leche de sus senos y la sangre de su cuello. Siempre nos hemos amado».

—Cállate —ordenó su madre.

El Diablo parecía burlarse, mirando a Mòrwin como si fuera una hormiga, y de haber querido lo hubiese convertido en una mancha de carne. Las manos de la mujer abrazaron la cintura sin piel del demonio. La cola larga, como de rata, danzó bajo la noche.

—El amor es un sentimiento hermoso, hijo. —La madre hizo una pausa para tomar aire—. Pero no se disfruta en su plenitud si no se acepta nuestra naturaleza primigenia. Ahora que te miro me decepcionas. De pronto me doy cuenta de que olvidaste las cosas que te enseñé.

—¡Mientes!

—Cada vez que nos acostábamos, que olisqueabas mis cabellos, que tras tenerte dentro de mí me murmurabas al oído que no te sentías cansado, que la sangre del diablo corría por tus venas, siempre te creí. Pero ahora te comportas como un llorica. Los cabríos no te dejarán venir si no aceptas lo que eres; si no abres los ojos, nos miras, y de una vez admites que eres una dualidad como en la que me he convertido y como la del príncipe que está a mi lado.

No hubo respuesta. Solo soplidos de viento y un ceño fruncido sobre piel reseca.

—Míralo bien. Él es el Padre Eterno. El Señor de Todos los

Mortales.

La mujer apresó el pene de la criatura mientras esta la tomaba del mentón con la otra mano. Mòrwin vio cómo se miraban, cómo empezaban a tocarse, a fundirse en un beso de fuego antes de enredarse en caricias, suspiros y abrazos. Los lobisones se acercaron, hambrientos. Detrás de los árboles aparecieron tres más, y cuando el Lord se volvió a la torre, que parecía lejana, casi inalcanzable, surgieron otras dos bestias tras los arbustos que le mostraron los colmillos mientras del hocico les bullía una peste a infierno.

Mòrwin tembló. Todo había sido para nada. Todo por gusto. Las cuatrocientas almas, su reino, el ritual, la sangre que había bebido. El demonio lo había engañado como siempre ocurría en los tratos.

En ese momento escuchó un gruñido, el ruido de unas pezuñas arrastrarse por las brozas, aullidos bajo la luna de sangre, miradas fantasmas que surgían del bosque, de la corteza de los árboles, la mirada de su madre que parecía decirle que era su última oportunidad. La criatura lo observó. Era como si lo hipnotizara con sus ojos leoninos, con sus enroscados y robustos cuernos y su salvaje cabellera. El rostro andrógino del Primer Diablo.

«Únete —imaginó Mòrwin que le decía—. Sé uno más de nosotros. Te tenemos reservado un lugar».

No lo pensó.

Solo caminó.

Se acercó a la pareja sin prestar atención a las sombras y, cuando estuvo con ella, madre y padre, los rostros se acercaron envueltos en sudor. Se dieron un beso triple embebidos por una peste a pelambreira y a carne despellejada. Las melenas se enredaban, rebeldes, monstruosas, y Mòrwin se fundía en aquella trinidad. Eran parte del infierno. La neblina los envolvía con sus anillos humosos y sus guardianes, los lobisones, esperaban inclinados, obedientes bajo la luna llena mientras otros lanzaban aullidos lejanos.

RENACIDOS

Cèrte se colgó el macuto en la espalda para bajar a las plantaciones.

«Las plantaciones de cadáveres», pensó.

Solo un loco desandaría por esos estercoleros en los avernos del Cráneo, y solo alguien más loco, lo haría tras recorrer los abismos noches interminables. Cèrte habitaba un mundo muriente, y pese a rodearse de muerte tenía cojones para volver a por Ròuri. Arquero lo miraba aferrado a su cayado, el rostro de efebo iluminado ante los braseros.

«¿En serio buscarás a tu crío? —Parecía decir—. Está tan muerto como los monstruos que nos cargamos, esos con cuernos que devoraban niños a la orilla del estanque, pero no te detendré, mi amigo. Las decisiones las tomas solo».

Era verdad, debía tomarlas solo, y bajar a las plantaciones era bastante descabellado. Pero a Cèrte no le importaba. Tampoco le importaba que pese a la diferencia de edades Arquero fuese su maestro. Cierta noche Arquero lo había encontrado durante su andar por la oscuridad, asustado en un mar de cadáveres tras una batalla entre hombres y hombres con cuernos. Luego habían marchado juntos. Pero Ròuri murió. Se lo comieron los cabríos. Y se lo seguirían comiendo como a todo el que moría en los Abismos.

—Oye —dijo Arquero tras tomar una flecha de su carcaj. La encajó en el arco, tensó y apuntó en son de broma. Crac...—. Voy a seguirte. No me gustaría que te maten sin hallar a tu renacido.

—Has lo que quieras —respondió Cèrte—. No me matarán. Al igual que tú, conozco caminos.

—Las plantaciones de cadáveres —repuso Arquero— no es nada que hayas visto. ¿Sabes a dónde te metes?

No sabía. Cèrte se detuvo a rascarse la barba y recordó lo que otros cavernarios contaban entre las grutas cuando tenía la edad de Ròuri.

—Existe un rincón que es como un sepulcro, Cèrte —decían—, pero no tiene puertas ni tumbas. Dentro hace mucho frío. Los cabríos caminan en busca de carroña, y la carroña crece con forma de hombre, como si fuesen plantas.

Tremenda locura. Sus antiguos compañeros repetían cuentos de borrachos de sangre de raíz. ¿Torsos humanos que crecían del barro, que escarbaban hacia arriba con uñas y dientes, rompiendo la roca, y que quedaban yertos como muertos frescos? Una idea de un cuentacuentos tremebundamente enfermo, pero así era... Los torsos, enraizados unos junto a otros, brazos torcidos como ramas, formaban un jardín de cuerpos hasta que aparecían carroñeros para devorarlos, y cuando los cabrunos terminaban, los hombres volvían a renacer en otra parte del Abismo para morir de nuevo.

—Renacidos. Les dicen renacidos. Nadie de nosotros los ha visto pero así lo contaban nuestros abuelos. Si alguna vez alguien desciende...

Cèrte escupió ante los del pies de Arquero. El joven, impasible, se rascó la melena mientras su pupilo caminaba de regreso en la oscuridad. Cèrte recordaba que los hombres no eran los únicos que renacían en ese podrido mundo, sino también sus enemigos. Pensó en los cadáveres que lo rodeaban cuando Arquero lo encontró, todos esos muertos con cuernos espiralados, de rostros jodidamente tiernos. No se volvió. Arrastró los callosos pies sobre las rocas sin despedirse de su maestro. Descendería a las Plantaciones para reencontrarse con Ròuri, si eran ciertas las historias de los antiguos cavernarios.

—¡En la boca del lobo! —gritó Arquero— ¡En donde te metes es una maldita boca de lobo! ¡¿Entiendes, amigo?!

Pasos.

Cualquier otro se hubiera quedado callado, pero Cèrte... no.

—Entonces—respondió— si piensas que va comerme —y aquí hizo una pausa sin detener su andar— ni se te ocurra seguirme.

Cèrte hundió el cuchillo en el ojo del monstruo que temblaba en su regazo. No le costó matarlo, y de hecho, no era el primero que se cargaba desde que abandonase a Arquero. El tupido vellocino que cubría su cuerpo se lo había arrancado a unos cabríos de las piernas y de la espalda. A esos los llamaban Patas de Cabra por sus enormes pezuñas, pero el que convalecía

no tenía muchos pelos, por tanto lo cocinaría. Quería comerse su corazón como hiciera con otros en su jornada, pero esa noche, tras severas semanas de marcha, estaba agotado. Las sombras de los renacidos se alargaban mientras unos cornudos se paseaban con sus cuchillos cortando carne para cenar.

—No importa que los mates. Los cabríos siempre regresan —recordó que decían los cavernarios—. Renacen, Cèrte, pero no como nosotros.

—¿Entonces cómo?

—Reptando desde un estuario. ¿Conoces la desembocadura del Río Sangre?

Cèrte negó.

—Es como el menstruio que chorrea entre dos enormes piernas—respondió el cavernario—. Hay tanta sangre que te ahogaría, y cuando los cabríos vuelven bañados de rojo, no tienen recuerdos. Dicen que vienen a cargarse a sus enemigos.

«Es decir... a nosotros».

Triste pero cierto. Los cabrunos vivían para matar, y no podían negarlo. En las pinturas rupestres desmembraban hombres con filudos sables, tiraban de cadenas de enormes lobos o violaban mujeres antes de devorar sus restos en banquetes succulentos. También danzaban ante calderos mientras otras abominaciones se pudrían atadas a palos, convertidas en huesos. Arquero guardaba silencio sobre esos temas, y Cèrte recordaba que le decía:

—Las cosas son como son, Cèrte.

—Son como son, gilipollas de mierda —respondía él.

Cuando se volvió a la oscuridad, una silueta enana, pegada a la tierra y con brazos torcidos recibió un corte de una sombra con cabruna cornamenta. El cabrío, lentamente, tajó la mejilla del renacido que en vida fuera Ròuri. Retiró su carne y tragó.

—Todavía no muere —le dijo a su compañero, uno de patas peludas con rostro cortado—. Curioso que esos monstruos resistan tanto. La mayoría cae tras florecer, pero este...

Ròuri chilló como una bestia. El estertor fue rauco, como si naciera de un cadáver, entretanto, Cèrte miraba escondido tras los peñones con los ojos llorosos. Su hijo, tal como había muerto, tenía el cabello al rape. Los tatuajes de pentagramas aún poblaban sus brazos, pero su piel se había emblanquecido como si no quedara sangre. Las venas en su cuero cabelludo se ramificaban en laberintos interminables mientras la cosa llamada Ròuri movía su cuello con esfuerzo. En su pecho y espalda descollaban cortezas rocosas como si fuese parte de la caverna. Arquero lo hubiese matado, pero al mismo tiempo, se hubiesen alertado los cabríos que miraban a Cèrte, y tal vez otros.

—Ah... el cavernario —se burló el del cuchillo— que viene por su cachorro.

Dio un paso al mover la hoja con astucia, abriendo el cuello de Ròuri, y una sustancia terrosa manó de la garganta con una catarata de burbujas entre ruidos flatulentos. Otros renacidos,

plantados tras las rocas, movieron los brazos como queriendo escapar. Inútil. Los cabrunos los miraron antes de girarse.

—Es un bonito capricho de la naturaleza, cavernario —le dijo a Cèrte el del cuchillo—, al que pronto te unirás. Vosotros, que teméis a la muerte, tenéis la ilusión de reencontraros tras quedar fríos, ¿cierto?. Bueno... parece que vuestros deseos se están cumpliendo. ¿Qué opinas, Jekkàl?

El de las patas peludas, llamado Jekkàl, rebuznó. Su cabeza se movió de arriba a abajo con una sonrisa como si hubiese escuchado un chiste. Abrió la boca mostrando los dientes junto al muñón en la lengua, y aunque no podía hablar, era fácil imaginar qué pensaba. Los cabríos plantaban un jardín de cadáveres en esos hediondos despeñaderos, y los cavernarios terminarían ahí como su alimento hasta que el mundo muriese. Jekkàl desenvainó un chafarote mientras se acercaba y le hizo una seña a su compañero con la cabeza tras un sonido gutural.

—Graàcce —pareció decir—. Graàcce.

Los cabríos, confiados por su ventaja, dieron largas zancadas para cargarse a Cèrte. El cavernario aguardaba con su machete en manos, apoyado en las rocas. El sudor perlaba su frente. Sabía que si ganaba, en algún momento moriría, y que al final quedaría plantado con medio cuerpo fuera junto a esa cosa que fuera su hijo.

—Vengan a por mi... cabrones —susurró al tiempo que empuñaba el acero, pero perdió la concentración cuando una

ráfaga de viento peinó su barba. No vio cuándo la flecha silbó, aunque abrió la boca como un aro por la sorpresa. En eso... un ruido de carne perforada. Ni un chillido, ni un solo chillido, y el cabruno llamado Jekkàl se desplomaba con una saeta clavada en el cuello. Arquero, relajado como un cazador diestro, caminaba con el carcaj en la espalda. Era evidente que vigilaba a su pupilo tal como había dicho.

«¿Por qué me ayuda? —se preguntó Cèrte—. Esta no es su lucha».

No se atrevió a decirlo. Se quedó, sin embargo, en pie, y observó. Arquero, casi con frescura, desvainó su cuchilla, y ligero como una pluma dio una cabriola ante el fiero ataque de Graàce. Cuando cayó de puntas sobre el cuerpo de Jekkàl, después de darse la vuelta y esquivar el tajo, dio un corte en molinete, cabellera al viento, y cercenó la mano de su enemigo. El cabrío tocó su muñón al caer de rodillas sobre el limo, pegó un grito, y cuando alzó el semblante, la cuchilla de Arquero cantó de un lado a otro, tris tris tras, para culminar en un derrame rojo. La cabeza de Graàce se desprendió del cuello y rodó por la cueva hasta unas estalacmitas, mientras Arquero, de espaldas a su pupilo, dejaba ver dos pequeños cuernos en su espesa cabellera ante un Cèrte sorprendido.

Silencio... Largo silencio.

«Todo este tiempo caminando con ese monstruo sin darme cuenta. Este maldito tiempo».

—Supongo que... —susurro Arquero al mirarlo con el rabillo del ojo— ya no hay nada que ocultar.

No hubo respuesta.

—Represento lo que aborreces, ¿no es cierto, amigo? — siguió, y el silencio se extendió en las plantaciones, mas terminó por quebrarse ante una ola de estertores—. No tienes que responderme. Lo que odias de esos demonios que devoran a tu gente es una parte de ti mismo. ¿Sabías eso?

—Cállate —contestó Cèrte, mientras dentro se repetía que ese cabrío era un gilipollas.

¿Realmente los había visto? Los cuernos ya no despuntaban de su cabeza, aunque seguro se escondían bajo la tupida melena. Lustró tras lustró monstruos como Arquero mataban a cientos de cavernarios, lustró tras lustró peleaban en incontables guerras, pero esa noche, esa cosa parecía luchar del bando contrario. El cavernario dudaba en silencio. Aferraba el mango de su acero mientras Ròuri yacía plantado en la roca, totalmente muerto. Cèrte suspiró. Ya había visto a su hijo. ¿Qué le quedaba? ¿Dar un paso adelante y arrostrar a ese demonio no era dar un salto hacia el jardín de torsos?

Estaba indeciso.

Y por eso cavilaba.

Por eso dejó que su boca se abriera mientras la tierra se rompía a su costado y unas manos pálidas emergían con lentitud, seguidas de una cabeza y dos brazos. Se volvió a esa cosa que no

era Ròuri, sino un desconocido que acababa de morir en otro lugar. El monstruo dio un estertor, y enseguida expiró. Detrás de Arquero nació otro pero con dos venosos senos. La renacida miraba a ambos cavernarios que se estudiaban en guardia enarbolando sus armas. Cabrío y hombre. Hombre y cabrío.

—No te resistas —le dijo Arquero a Cèrte después de extenderle la mano, la cual mantenía fija como si fuese a ayudarlo—. ¿Cuánto tiempo caminamos juntos, amigo?

«Mucho... Tal vez mucho».

—¿Cuántas veces pudiste morir y cuántas acudí a tu auxilio? —continuó. Seguro muchas más—. Esta noche, sin embargo, no es diferente. ¿Nunca oíste que para que estéis completos, los hombres debéis recorrer el sendero del diablo? De lo contrario estaréis siempre divididos.

—Tú... —repuso Cèrte— Eres...

Mas no terminó.

Los jadeos de los renacidos poblaban la plantación, y el hermoso demonio lo miraba con unos ojos violáceos que hasta esa noche no había visto, unos iris iluminados, y entonces, fue cuando Cèrte supo qué seguía. Agachó la cabeza, soltó su machete sobre la roca y comprendió que salir de la oscuridad de la mano del Diablo era el único camino.

—Llévame —le dijo.

PEQUEÑO SECRETO

—Te has entregado a voluntad, pero ni pienses que rebajaremos tu pena —indicó el ministro junto al árbol negro. Le decían Cargamuertos porque los ahorcados pendían de sus ramas desde antes de las Guerras de los Abismos. El verdugo cargaba el nogal enroscado al hombro, y se había enmascarado mientras los asistentes miraban a Mántra—. En tu haber tienes veinte hombres de los gremios de los arroceros, treinta mercaderes, tres parientes de Lord Àusberg, centenares de cadáveres sin nombre con la carne desgarrada.

Chicos desaparecidos, hijos de cocineros, herreros y armeros de Guardia Abisal, pajes, coperos, escuderos del Señor de la Torre, visitantes que había devorado con un artefacto de hierro ahora posado sobre un tocón. La dentadura con dientes en punta que había usado para comerse a la hija del Lord hacía dos noches seguía a la vista de todos. El rostro de Lady Clàude era una masa de carne, y el cuerpo había sido quemado en una pira ante los Dioses Rotos, un trío de teriántropos con colmillos. Cuando el mazo golpeó el plato que colgaba del enebro, los cuervos echaron vuelo. La noche corría en Guardia Abisal, y en unos instantes Mántra *la Oscura* sería parte de los ahorcados.

«En realidad te mereces más —parecía decir el ministro—. Pero las leyes del papado son iguales para todos».

A los asesinos les tocaba la horca, a los herejes, la hoguera, y a los pactantes con demonios, ajusticiamiento con espada. Los

huesos se quemaban y el polvo era echado a los abismos más cercanos.

«¿Cuándo terminará el circo?», se preguntó Mántra.

Era difícil aguantar la risa ante los curiosos, esos tontos que ignoraban su secreto. La nuca le escoció justo sobre el tatuaje, pero con las muñecas atrapadas en grilletes no podía rascarse.

—Podríamos matarte ahora, pero Lord Àusberg ha venido.

Mántra lo miró.

Pensaba que acudiría el padre de Clàude, pero solo estaba su hijo mayor. Creía que el chico, llamado Àudric, la perdonaría con el tiempo. Siete guardias con el jubón del leucrota en campo de sinoples, armados con alabardas y espadas largas, lo protegían mientras contenía las lágrimas. Estaba sentado, separado del vulgo con prendas negras, esclavina y capa ajada.

—Quiere saber por qué te la comiste —siguió el ministro—, pues todos sabemos que tú y Clàude eran amigas.

—Lo éramos. Tan amigas que compartíamos muchas cosas. Tan amigas que lo último que quisimos fue estar juntas al momento de morir —se burló Mántra, y empezaron a lloverle tomatazos.

Clàude estaba muerta, así que no era posible ignorar su primer encuentro. Sucedió cuando Mántra trabajaba como pinche de cocina para Guardia Abisal. Con a penas once años se escabullía en las alcantarillas a cazar ratas por diversión, y conoció a Clàude, una chica de su edad que buscaba a su conejo.

Cuando unas ratas quisieron morderla, cuando le mostraron los dientes mojados de saliva, MÀNtra pudo quedarse de brazos cruzados esperando a que muriera, pero como le parecía cutre quedarse a mirar, con dos movimientos rápidos clavó su estilete en los animales. Así comenzó la amistad. «Con muerte y sangre».

Desde entonces se frecuentaban en el bosque, en los calabozos, en los drenajes, y en cuanto el padre de Clàude se enteró, después de que su hija lo convenciera, decidió convertir a MÀNtra en doncella.

—Te pierdes demasiado —le repetía MÀNtra a Clàude al comer juntas en las mazmorras, noches después de rechazar la oferta—, además te ha tocado vida de prisionera. Podrías dejar todo, venirte conmigo a andar por este mundo decadente en que respiro un aroma a libertad.

«Me gustaría», pudo decir Clàude.

—Pero supongo que para eso existe un precio por pagar —había respondido.

—Las mejores cosas de la vida cuestan. —MÀNtra se encogió de hombros, y el recuerdo se borró en cuanto se volvió a los testigos.

Las noches con la chica ante la fogata no se repetirían porque muchos habían visto el cadáver. Àudric se limpió las lágrimas. Hacía un rato había oído confesar a MÀNtra que le arrancó la cara con sus dientes en punta. El resto era historia.

—Si matarme te tranquiliza, me dejaré. —dijo Mántra al mirarlo.

—A la acusada no se le permite hablar a menos que se le hagan preguntas —irrumpió el ministro. Los testigos aguardaron—. ¿Por qué mataste a Lady Àusberg? Tus crímenes serán perdonados antes de que formes parte del árbol, si respondes.

Los cuervos volaron ante el ocaso, y la sombra de Mántra se estiró.

—Porque tenía hambre —dijo, al tiempo que le sonó el estómago. Su sonrisa incomodó a los testigos, al ministro, a los guardias, a los párrocos y al resto de asistentes a la ejecución de la asesina más buscada de Guardia Abisal. Llovieron de nuevo los tomatazos, pero no la alcanzaron.

Esperó mientras las autoridades se volvían a Lord Àusberg, que miraba hacia la nada con lágrimas contenidas. El joven dio una orden antes de marcharse. Parecía que no quería verla morir, ya que después de todo cuando eran niños jugaban juntos. La prisionera tragó antes de que los guardias la tomaran de los hombros para llevarla hacia el verdugo que amarraba el nogal en una rama, subido en la escalera. Caminaba despacio y sonriente, al tiempo que los asistentes susurraban ante el ocaso.

Nadie conocía su pequeño secreto, nadie oía las voces que le susurraban a quién debía matar, ni quiénes eran los siguientes en la lista, ni mucho menos veían a las sombras. Ella caminaba sin

atender las palabras del párroco ni a las campanillas que repicaban mientras el bosque se llenaba de nubes de mirra ante casi doscientos testigos.

Empezaron a pifiarla al tiempo que el verdugo le ajustaba la cuerda al cuello. Llovieron boñigas, más tomates podridos, huevos que estallaban con un hedor azufrado al reventar contra las rocas, y cuando la empujaron para que subiera la escalera se volvió a la multitud gris que esperaba su muerte como pago por todas esas personas a las que se había almorzado. La soltaron. Cuando cayó sintió un tirón del cuello con un crujido. Empezó a temblar.

Muerte, frío, oscuridad... y nadie conocía su secreto. Ella aguardaba bajo los muertos que los soldados-recogedores habían descolgado después de las ejecuciones. Tras abandonarlos en las ramas del árbol, los sacaron para echarlos en una carreta que empujarían hasta las fosas. Finalmente los arrojarían para que se pudrieran en conjunto y asustaran a los bandidos que cabalgaban rumbo a los arrozales por la senda de la frontera. Ella, sin embargo, no permitiría que la echasen. Cuando escuchó que la carreta se detuvo, cuando el ruido de las ruedas al parar sobre el barro cantó, sacó una mano entre dos brazos que formaban un aspa antes de asomar el rostro.

El tatuaje que marcaba su nuca, su pequeño secreto que evitaba que muriese, seguía en su lugar, aunque ella ignoraba

quién y por qué se lo habían grabado. Saltó de la carreta mientras los guardias conversaban junto a unos sauces negros. La oportunidad se dio para romperles el cuello, así que lo hizo con un movimiento rápido de manos. El primero murió en el acto. El segundo intentó desenvainar, pero Mántra con las manos presionándole el rostro lo obligó a arrodillarse mientras le susurraba en la oreja que era el siguiente en su lista.

—Dicen que los muertos se quedan en sus tumbas, pero algunos siempre volvemos.

Siempre que moría se sumergía en un sueño profundo, más profundo que uno regular, y en cuanto despertaba, sus labios estaban fríos, su piel morada, y su sangre estaba acumulada en los extremos del cuerpo. Por eso había descansado en la carreta junto a sus colegas cadáveres.

Crac.

El cuello del soldado se rompió, y después de soltarlo, se dejó envolver en la oscuridad, silenciosa como los leucrotas. Tras vagar un rato con dirección a un risco divisó a una joven encapuchada que miraba las llamas ante los Dioses Rotos junto a un muchacho barbilampiño, ataviado con armadura de cuero endurecido. Su nombre era Sàmsel, uno de los escuderos de Lord Àusberg, y hacía unas noches había sido enviado al sur.

—Es un camino largo —susurró Mántra tras acercarse al fuego. Sus ojos amarillentos se iluminaron ante Lady Clàude, cuyo semblante apuntaba a las estatuas de unos dioses con

colmillos y rostro de perro—. Todos creen que estás muerta. Y así seguirán.

—Todos creen que lo estamos —susurró la joven— ¿Ahora me vas a decir de quién era el cadáver?

—De una campesina a quien nadie le interesa.

Pero en los ojos de Clàude resplandecía un fuego apagado.

—Te equivocas. A sus hermanos, a su esposo y a sus hijos les importa.

«Pero en unos años no lo recordarán», pensó Màmtra.

Claude se volvió al risco, a la jaula abandonada con un cadáver de paloma.

—No pongas esa cara porque lo único que hice fue cumplir tus caprichos —susurró la asesina.

«Y también los míos, pues ahora que estoy muerta nadie va a buscarme».

—¿Cuántas cartas le escribiste a ese patán antes de morir?
—continuó.

—Seis, y dos más después de muerta. ¿Por qué?

—¿Alguna respuesta?

—Ninguna.

—Màmtra...

—¿Qué quieres?

—¿Seguro que no quieres acompañarme?

Màmtra sonrió al tiempo que el escudero torcía el gesto.

—No tienes a un gran guardia, solo a Sàmsel, pero ya te dije que acepté porque así me quitaba a algunos tíos de encima. Ahora que quiero saber quién anda tras mi secreto, esto me cae de maravilla, así que no podré ir.

—¿Y sabes dónde buscar?

—Eso no importa. Seguramente llegará una pista.

«Las mejores cosas tardan, pero siempre llegan».

Esperó a que su amiga respondiera, pero la joven guardó silencio. Aún debía volver para encargarse de los guardias asesinados por si otros aparecían, aunque antes de despedirse, Claude le hizo una seña a Sàmsel y este le entregó un pesado zurrón. Después de que Mántra lo recibiera, sacó dentaduras de hierro con trozos de carne seca.

—No tenías que molestarte.

—Fuimos a tu guarida antes de tu ajusticiamiento para que no volvieras —respondió Claude—, . Los hombres de mi padre y de mi hermano andan por ahí hurgando entre tus cosas.

No hubo respuesta.

Asintió mientras permanecía en pie, esperando a que se fuera, a que la noche siguiera oscura para que ninguna sombra le dijera qué día debía ir a por Claude cuando llegara el momento. Sàmsel apagó el fuego antes de indicarle a su señora que tenían que partir.

«Buena suerte», quiso añadir Mántra, de pie frente a la colina con la cabeza gacha, mirando sus dentaduras ante los pasos de su amiga mientras crujía su estomago, pero se contuvo.

—Si me necesitas, envía una paloma —susurró.

«Y la muerte acudirá a salvarte».

—Lo recordaré —respondió Clàude, y su sombra se fue achicando mientras se alejaba entre los matorrales envueltos en niebla.

LA CACERÍA

I

En las profundidades del Cráneo, en una gran cuenca, habitaban los gules y los hombres de las cavernas. El peligro arañaba la espalda de Làusa desde que él y sus hermanos marchaban al exterior. Los cavernarios medían el tiempo con un ábaco de acuerdo al antiguo almanaque, aquel tallado en piedra con los símbolos de la corona de fuego y la luna de las Antiguas Edades.

«La oscuridad. Siempre la puta oscuridad de la que no saldremos nunca», pensaba Làusa, y si bien muchos de sus Hermanos de Piedra habían vuelto a las raíces como podridos cadáveres, él seguía vivo gracias al fuego en su corazón.

«El Fuego Blanco», le gustaba llamarlo, aunque para otros era su valor.

En el fondo temía despertar junto a los petroglifos y no ver con vida a los últimos de su tribu: Yòrovi y Berliàc, dos cavernarios menores con los que viajaba casi tres meses de acuerdo al calendario. Yòrovi, el del corte en la cara, se había recostado en la piedra cuando lo dieron por muerto, justo después de salir con el cabrón de Crizna y el resto de la antigua pandilla.

—Vivimos en una gran cuenca repleta de criaturas —había dicho antes de marcharse—. Nunca saldremos. Las escrituras dicen que el Cráneo es un cadáver que se hunde, así que si viajamos hacia la cuenca, supuestamente alcanzaremos la salida.

Pero pasados años en dicho recinto dudaba de conseguirlo.

—¿Qué más dicen? —había preguntado Berliàc, el que nunca leía grabados, aunque sabía que en ciertas cavernas la roca no se sentía como roca, sino como hueso, mientras que en otras los cavernarios enterraban las manos en sus paredes carnosas.

Esperó a que Yòrovi contestara, mas el chico se encogió de hombros junto a las antorchas. En las incursiones solían quedarse mientras otros marchaban de cacería, pero después de que los monstruos devoraran sus compañeros, empezaron a acostumbrarse, sobre todo porque ahora quedaban tres... y también Crizna, el hermano más antiguo al que siempre olvidaban.

«De todos nuestros hermanos ¿por qué no se lo comieron las criaturas?».

Probablemente porque era Crizna.

Làusa caminó despacio, tomó la tea y la apagó antes de volverse a los chicos. Estaban bajo su mando, y se preguntaba: ¿cómo habían sobrevivido sin saber moverse a oscuras? Oyeron pasos.

«Seguro que es ese cabrón», pensó.

Si bien podía cuidarlos, no los mantendría siempre con vida. En algún momento fallaría, y mientras intentaba entrenarlos, Crizna se reunía con gentes de otras galerías.

—Existe una puerta con un sigilo que reza el nombre de una deidad inferior —había contado el cavernario hacía tiempo, poco

antes de marcharse—, mas para cruzar, Làusa, debemos rebasar a las criaturas.

—¿Cuántas quedan?

—No tengo idea. Despaché a algunas, así que ahora están alerta.

—Esto huele a culo abierto.

—Si quieres que sea sincero —prosiguió Crizna—, tus chicos van a retrasarnos. Quizá me cargue a unos monstruos antes de venir con refuerzos para que sigamos subiendo, pero no esperes milagros.

Crizna le agarró la cabeza antes de besar su frente, y era lo último que había sabido de él.

—Apaga tu antorcha —Làusa ordenó a Berliàc, y su hermano obedeció.

Las cosas que los cazaban se guiaban por el fuego, por eso no las encendían a menudo.

«Los podéis cegar, aunque tarde o temprano van a pillarte porque se mueven por instinto».

En cambio los cavernarios se movían por el miedo, y tenían que habituarse a la oscuridad, a menos que alcanzasen cavernas bañadas con rayos de la corona. Tenían agujeros en los techos llamados tragaluz, y era el único sitio para refugiarse. Làusa recordó las tablillas.

«Rocas que reflejan las flamas rojas», decían, seguido de petroglifos que no comprendían y unas cuantas rupturas entre las

que resaltaban palabras como: «semillas», «aguas de los ríos», «aguas carmesí», y una que aterraba a sus Hermanos de Piedra:

«Gùl».

Después de que el trío se posó ante unas rocas, una voz conocida se alzó.

«Crizna».

—Mejor no hagáis ruido porque seremos hombres muertos
—Fue un susurro.

Cuando lo vieron, tenía el porte desgarrado como si hubiese escapado de una masacre de cavernarios.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Làusa.

—Algo, pero tuve que hacerme cargo de unas cosas.

—¿Comecarnes?

—Más de los que imaginas, y si crees que los cavernarios de la otra galería cuidaron de mi espalda durante mi regreso, vas a decepcionarte.

Làusa negó con la cabeza.

—No me importan. ¿Qué hay de los monstruos? ¿Te siguieron?

—Solo Tres. El resto se quedó mordiendo cadáveres. —
Después de arquear las cejas se acercó a su hermano. Le puso un dedo en los labios—. Baja la voz.

—Lo siento —repuso Làusa.

Aunque no le gustase Crizna, se había ganado sus aplausos y no era para menos. El cabrón era el único de la banda que se

metía más tiempo en la oscuridad, totalmente solo, y además contaba con más de treinta gules muertos, una cifra nada despreciable que pocos conseguían. Làusa alcanzaba los trece mientras que algunos de sus hermanos caídos pasaban los veinte.

—La tribu del otro lado —continuó Crizna— aguardará en la puerta, pero su gerifalte nos espera en nuestra parte de la galería, junto al portal de la deidad.

—¿Quién es?

—Un maestro de tiro.

—¿Con lanza?

—Con flecha. Le dicen Arquero. Otros lo llaman Tirador y camina con una banda que decae con el tiempo. Quienes quedan se mueven en las tinieblas mejor que nosotros.

«Mejor que nosotros dos, querrás decir».

Los ojos de Crizna parecían un espejo, y siempre le brillaban cuando hablaba de cacerías de gules, petroglifos y trazos con fluidos en Lengua de Piedra.

—Si llegamos, podremos escapar —prosiguió, pero cuando Làusa le preguntó cuánto faltaba, guardó silencio.

«Es como dicen los chicos. No importa a dónde marchemos, nos quedaremos en esta oscuridad de la que no saldremos nunca».

Esa noche no durmieron. Crizna repartió semillas a los cavernarios que aguardaban cubiertos con mantos de pieles mientras les contaba el plan y bebían miel de tierra en sus

cuencos. Debían aprender a protegerse con las inscripciones de las rocas.

«Lenguaje de Piedras. —¿Cuántas veces lo había usado Làusa? Muchas, aunque sus compañeros nunca supieran interpretarlo—. Es un lazo con la tierra al que algunos llaman arte».

Otros decían que era magia, embrujos o sortilegios, pues no comprendían sus orígenes. Crizna decía que las cavernas también eran parte de los Hermanos, que a su vez eran parte del Cráneo y que si el lazo entre rocas y cavernarios se fortalecía, no podrían verlos ni los gules ni otras alimañas.

—Nunca ha funcionado —habían comentado los caídos tiempo ha, mas en cierta manera Làusa había tenido suerte al pintar sigilos en las peñas. Usaba su sangre en el suelo, y los gules no lo encontraban—. Si te funciona es porque no te mueves, Làusa. Ni si quiera parpadeas, ya que eres un Bailador de Penumbra.

—Y porque tienes valor.

—Los bailadores se mueven cuando suenan tambores, muchachos, y en cuanto al valor...

—Se mueven, Làusa, pero los Bailadores de Penumbra nunca hacen ruido.

—Y cuando no te das cuenta, te acuchillan en la oscuridad.

—Son unos hijos de puta.

No sabía qué creer. Cuando se acercaban los gules se quedaba quieto para apuntarlos con su lanza, y Crizna atacaba con la misma táctica.

«Somos dos grandes hijos de puta».

—¿Estas oyendo, Làusa? —susurró el cavernario. Le tocó el hombro para que saliera de su ensoñación—. Teñiremos símbolos con nuestra sangre. Dibujaremos un círculo alrededor nuestro con los trazos de protección.

—¿Qué trazos? —preguntó Berliác mientras los ojos de Yòrovi reflejaban miedo.

«Se llaman sigilos —pensó Làusa—, y os llevarán a la tumba».

Ambos críos parecían desconfiados. Era momento de que les hablasen de hombre a hombre para explicarles cómo funcionaba la Magia en la Piedra o lo que sea que fuera. Làusa tenía dudas.

«Escuchadme bien ambos: vais a morir. ¿Eso debo decirles?».

No podía.

«Los símbolos que trazaréis para protegeros no funcionan porque no existe ninguna magia. Solo somos yo y Crizna que nos ponemos como carnada porque tenemos grandes cojones y somos diestros con las armas».

Tampoco.

—Os lo explicaré —dijo finalmente—. Escuchad.

No solo les había aclarado cómo trazar sigilos, sino también el plan para cargarse a los gules. Làusa no estaba de acuerdo en que debieran separarse, pero Crizna insistía en que era mejor, pues tenían que enfrentarlos en combate de a uno, de lo contrario, si otros monstruos se sumaban, serían superados en grandes números.

—Ven a oscuras mejor que nosotros, así que tenemos que cegarlos con las antorchas. —Aunque no serviría mucho, debían matarlos para dar con Tirador—. Si no podemos con el último, tendremos que atraerlo hacia el final de la caverna para que nuestro contacto lo despache con sus flechas.

La pregunta era ¿cómo lo harían? Crizna hasta el momento había estudiado a las criaturas e incluso les había puesto motes.

Mechonblanco era el de los cabellos largos y el más flaco. Sus costillas resaltaban ante las llamas mientras que sus venas surcaban sus pellejos hasta su rostro de calavera. *Candela*, el segundo, había enfrentado a la antigua compañía en una ocasión y le habían prendido una mano con teas, pero se la arrancó mordiéndose la muñeca. El último, *Mandíbulas*, tenía los colmillos más afilados que otros y había devorado a cinco Hermanos de Piedra. Para ser un gùl era bastante alto, aunque se apoyaba en sus manos para impulsarse como el resto. Era el más veloz. Para Làusa eran antropoides que comían carne podrida, mas a diferencia de las criaturas a quienes los cavernarios

despojaban de sus pieles a fin de darse abrigo, mataban a los vivos antes de comérselos muertos. Eran peligrosos, rápidos, y sus dentelladas, mortales. Las heridas nunca cicatrizaban. De hecho terminaban pudriéndose, así que era mejor resguardarse con sigilos.

Crizna iría por delante para atraerlos. Se había cortado el pecho y su rostro estaba manchado de rojo para que los gules lo siguieran. Los trazos marcaban su espalda junto a su medallón de piedra.

—Hay una palabra escondida en esos símbolos —había explicado Làusa tras sentarse con sus hermanos—. Vosotros los creáis.

—¿Y de verdad funcionan? —preguntaron los muchachos.

—Sí que funcionan. Primero pensáis en una palabra y escogéis las grafías sin repetirlas. Luego imagináis un signo compuesto con todas sus letras. Podéis dividirlos. Finalmente lo pintáis en el suelo con vuestra sangre. Lo encerráis en un círculo, os metéis dentro y esperáis con la lanza en ristre. Sabéis qué sigue.

Para otros cavernarios era una táctica suicida, aunque a Làusa le funcionaba de maravilla.

«Debe de haber algo más —solía pensar—, no solo esa supuesta magia que hace que esos hideputas no me vean».

Culminada su explicación Crizna le sugirió que fuera de último para buscar a *Mandíbulas*.

—Es el que mejor va con contigo —dijo—. *Candela* no tiene una mano, así que podrán sortearlo entre los críos, mientras que *Mechonblanco* no es mejor que otros a quienes hemos enfrentado.

—Eso no quita que sea mortífero.

—No lo quita.

Berliàc temblaba. Làusa le tocó el hombro antes de echarle una mirada de compasión, y después, despacio, se lo tocó a Yòrovi, que conocía el calendario y las historias del Cráneo.

«Siempre hay tíos así en cada clan, pero este chico es...».

No sabía qué pensar, mas lo imaginaba muerto con el hocico de un gul enterrado en la tripa.

—Oye, Crizna —dijo Làusa.

—¿Qué quieres?

—¿Por qué mejor no marchamos todos en vez de mandar a uno por uno a cargarse a los gules? Creo que sería...

—Ya te dije que andan de a tres. Por eso iré primero para separarlos.

—Después podremos atacarlos en grupo. Sería más fácil.

—También resultaría, aunque es mejor que vayamos ambos, porque si nos ven a los cuatro, rugirán y llegarán más monstruos.

Làusa iba a contestar, sin embargo se detuvo. Miró a los chicos que esperaban tras las estalagmitas, abrigados con sus pieles de lobato.

—Sé que no quieres perder a nadie más —prosiguió Crizna—, pero si regresamos y los críos están muertos, tendrás que aclarárselo a Tirador. El cabrón aceptó que volviera porque prometí retornar con tres cavernarios.

—Comprendo.

—Mi palabra está en juego, Làusa. Qué bueno que entiendes.

Mentía.

Yòrovi y Berliàc no iban a conseguirlo. No eran los mejores luchando, y no se podía hacer nada por ellos. Crizna, descreído, tocó el hombro de Làusa después de acercarse.

—En algún momento esos dos tienen que aprender. —Fue un frío susurro—, y si no lo consiguen, regresarán a las raíces como el resto de hermanos.

«No morirán —pensó Làusa—. No mientras esté con ellos».

CUANDO UN GÙL SE ARRASTRA POR LAS CAVERNAS
OLISQUEA LA PESTE A (ILEGIBLE)

TRADUCCIÓN DE GRABADO EN PIEDRA.

Y Yòrovi hubiera dicho: «La peste a miedo».

II

Si todo marchaba de acuerdo al plan, sería la cacería de sus vidas, mas sus esperanzas parecían acabarse.

«La oscuridad. La puta oscuridad de la que no saldremos nunca. —Ese era el problema. ¿Y para qué tanto sacrificio?—. En caso de conseguirlo nos uniremos al grupo de Tirador, y tiempo después enfrentaremos a más gules o a otros carroñeros».

Làusa miró a Berliác, que permanecía callado mientras caminaba a su lado con la cabeza gacha. Parecía lamentar su suerte o imaginar a Yòrovi sufrir ante la cosa apodada *Candela*.

«No va a poder, Làusa —decía su rostro—, y seguro Crizna observará mientras se lo comen porque no mueve ni un dedo cuando nos matan. Conoces a ese cabrón».

Había pasado una noche desde que había partido para separar a los monstruos. Làusa ignoraba cómo, pero el cabrón lo había conseguido. Tras su regreso se llevó a Yòrovi para combatir con *Mechónblanco*, que era el más cercano. Crisna le cuidaría la espalda mientras el crío aguardaba en el sigilo para matarlo a picazos.

Las noches pasaban sin noticias.

—Esperemos a que vuelvan—susurró Làusa al caminar en la oscuridad. Era una marcha rutinaria para vigilar el perímetro—. Es el maldito plan.

Un plan que siempre le supo a meado, además pensaba que si alguien volvía, sería Crizna, y que a lo mejor no era tarde para retractarse ni para violar lo acordado.

«Quizá nunca fue tarde —caviló en silencio, y si convencía al muchacho para ir a por sus hermanos, y si se salía de lo establecido, vaciaría sus pensamientos y todo sería diferente, aunque corriesen riesgo de que otros gules los encontrasen—. En esta maldita oscuridad de la que no saldremos nunca».

Escuchó pasos.

Berliác se quitó el sudor mientras el corazón de Làusa latía más rápido. Se le escapó vapor por la boca ante el ruido de pisadas sobre roca húmeda, ante una sombra de largos cabellos que se acercaba con el cuerpo bañado en sangre.

«¿Está herido?», se preguntó Làusa, mas cuando vio el porte del recién llegado, supo que era uno de sus Hermanos de Piedra.

«¿Dónde estaba el otro?». Fue la siguiente pregunta.

Crizna, con frialdad, soltó una cabeza que rodó hasta los pies de Làusa. La bola de carne con hueso tenía la piel pegada a los pómulos y una melena pajosa que hincó sus tobillos.

«Mierda».

Yòrovi... ¿Eso era el muchacho?

Se equivocó.

—He dejado al crío encerrado en un sigilo —musitó Crizna—. ¿Qué te pasa? Pareces asustado.

«Tonterías».

—Todo está bien —Fue solo un susurro—. Todo es como debe ser.

—Yòrovi halló un grabado cuando estábamos de regreso, y en vez de acompañarme, prefirió encerrarse.

—No me jodas, Crizna. Él no haría eso.

—Pero así fue.

Làusa seguía sin confiar. ¿Y si su hermano se había cargado al chico? ¿Y si la sangre en el pecho de Crizna no era de la criatura, sino del crío?

—Encontró un grabado, Làusa, justo antes de que el monstruo nos sorprendiera.

—¿Justo antes? ¿Me crees tonto?

—¿Qué te pasa?

—Nada. No pasa nada. Todos sabemos que a los gules los atraen las llamas y los sonidos, y si no hicisteis ruido...

—No hicimos ruido, pero nos equivocamos. Esos monstruos no son tan distintos a otras bestias del Cráneo. Si nos pillaron, fue porque sintieron nuestro miedo.

Làusa entornó los ojos.

—Deja de verme la cara de idiota —dijo.

—Siempre te he respetado, hermano, aunque a decir verdad todo esto también me parece tirado de los pelos. Yòrovi tradujo el grabado. «La peste a miedo», me dijo. Después se encerró.

—No te creo.

—Poco importa si crees o no.

—Pues tendría que importarte. Se trata de uno de nuestra tribu.

Crizna esbozó una sonrisa antes de volverse a la penumbra.

—Preocuparte por el chico hará que los gules te maten. Piensa que está muerto, porque si no lo olvidas, lo buscaré para cargármelo con mis manos.

Fue la gota que derramó el vaso.

Làusa, la boca hecha un anillo, sintió una punzada en el corazón, así que blasfemó, se armó de valor y tomó del cuello a Crizna antes de estamparlo contra la roca. Le oprimió la garganta lo suficiente para que hablase con dificultad.

—Cálmate... Làusa. O nos matarás a...

«El que debió calmarse fuiste tú...», pudo responderle, pero se limitaba a mirarlo mientras aflojaba la fuerza de sus dedos.

—Los gules no son distintos —prosiguió Crizna—... a otras bestias del Cráneo.

—Eso ya lo dijiste. ¿Qué ocurrió realmente?

—Ya te dije. Nos sorpren...

—¿Qué más?

—Nad... más....

—Mientes.

—Teníam...s mied..., cabrón.

—¿Miedo?

—Nos cagá...bamos de miedo mientras leí...amos el sigilo.

No queríamos que...

«...llegaran», pudo añadir, pero Berliàc atajó.

—Làusa, por favor.

«Contrólate, o vas a matarlo —reaccionó Làusa—, y el daño no se reparte entre Hermanos de Piedra».

Se desconcentró mientras Crizna bregaba de un lado a otro por zafarse. Sus ojos parecían salirse antes de que Làusa aflojara la presión de la garganta. Después de retirar las manos, después de ver a su Hermano de Piedra caer de hinojos, lo escuchó respirar agitado mientras lagrimeaba. Pasado un rato Crizna levantó el rostro.

—Se mueven, Làusa —susurró con desprecio—. Incluso cuando no ven fuego se mueven como cualquier carroñero de este maldito Cráneo.

«Como nosotros. Eso quieres decir, ¿cierto, hermano?».

Optó por callar. Esas cosas estaban siempre en movimiento. No aguardaban en los recovecos a que pasasen los cavernarios para atacarlos a zarpazos. No como otros carroñeros, y si toda su banda deseaba seguir con vida, si querían respirar en la siguiente cámara, tendrían que moverse más rápido que esas criaturas.

—No seguiremos con tu plan —susurró Làusa—. Marcharemos los tres juntos. Tú, yo y Berliàc.

Crizna frunció el ceño mientras gruñía en un rincón sin decir nada.

—Esta vez jugaremos bajo mis reglas —insistió Làusa. Dime que estás de acuerdo o por lo menos algo. De lo contrario,

aunque no quiera, te mataré, y cuando me encuentre con Tirador le diré que los gules te devoraron.

Su hermano torció el gesto antes de limpiarse el rostro. Miró a Berliàc. Miró a Làusa. Y permaneció en silencio como si se tragase millones de blasfemias envuelto en penumbra.

«Continúa caminando. Lo haces bien, Berliàc», pensó el cavernario.

Los Hermanos de Piedra pasaban tanto tiempo juntos que habían aprendido a leer sus miradas. Hacía rato vieron al gul llamado *Candela* roer un hueso en la basura, y en su muñón quemado llevaba incrustada una roca con una gran punta.

La cosa se giró como una mujer ciega. Una melena le cubría el hocico manchado de rojo. ¿Habría encontrado a Yòrovi? El crío de las cavernas había preferido encerrarse en su sigilo para cuidarse de los monstruos, pero si era cierto que los gules olisqueaban el miedo, seguro que su sangre manchaba las fauces del comecarroña.

Desde que tenían vida los cavernarios creían que los sigilos funcionaban, que mantenían a las cosas lejos como si ellos fuesen invisibles o medianamente invisibles, aunque también conocían casos en que los gules los habían matado tras cruzar los jodidos trazos.

«¿Dónde estás, muchacho?», se preguntó Làusa al recordar contarle a sus hermanos caídos cómo realizar una buena caza.

—Exactamente, amigos, y en cuanto el gul se os acerque atravesáis su corazón. Para eso sostendréis vuestras lanzas con fuerza, y lo más importante: no sintáis miedo. Los gules se empalarán al intentar despanzurraros. Cuando la pica les atraviese las costillas, empujad hacia delante. Luego hacia abajo hasta que caigan de espaldas. Seguid presionando y tendréis un cadáver frío donde podréis mearos.

Los cavernarios habían asentido, mas a Làusa nunca le pareció que comprendiesen. Algunos se morían de miedo en cuanto escuchaban la alerta de gul, y después de que los atacaban, muchos terminaban con las tripas fuera en un rincón oscuro de las galerías. ¿Por qué los sigilos no funcionaban con ellos mientras que con él iban de maravilla? Quizá porque no temía. Làusa no pensaba que era posible morir con dicha protección, pero ahora era diferente. Se preocupaba por los muchachos y su seguridad mermaba.

Se volvió a Berliàc, que sudaba recostado en la roca justo a su espalda. Crizna marchaba más al fondo por si venía *Mandíbulas*. Desde que salieron advertía que se olvidasen de Yòrovi, mas preferían ignorarlo. Si salían del laberinto tras dar con Tirador, Làusa desandaría para buscar al chico, y en el camino enfrentaría al temido *Mandíbulas* siempre que lo bañase el mal fario.

«Ahí está —pensó al ver a *Candela* encorvado sobre restos de basura. Su brazo izquierdo, una caña larguirucha de color blanco, rozaba la roca mientras que la cuchilla incrustada en su muñón del derecho raspaba el barro. Làusa podía matarlo, pero tendría que moverse—. Los que se muevan más rápido y sin ruido, vivirán».

Si *Candela* se giraba, seguro chillaría, y *Mandíbulas* aparecería para acabar con los cavernarios. Plantarse en la sombra era sensato, por lo menos así pensaba Làusa, que estudiaba atento a la criatura. Se preparaba mentalmente para caminar con las puntas de los pies como un Bailador de Penumbra, y cuando estuviese lejos trazaría el sigilo en el rocoso suelo. Miró a Crizna, que llevaba el rostro manchado de barro.

«Vete ya, Làusa. Mátalo y regresa», parecía ordenar, y eso haría Làusa, mas no porque su hermano quisiera, sino por convicción.

Agachó el rostro, respiró con profundidad. Tenía lo necesario: lanza y coraje. La sangre brotaría de su pecho tras cortarse.

Estaba listo.

Era tiempo de correr como un Bailador de Penumbra, era tiempo de arriesgarse, así que corrió y no paró hasta contar ocho pasos sobre las rocas. Tras detenerse tomó la lanza e hizo un corte justo en el pectoral. La sangre brotó y Làusa soportó el dolor como cavernario de pura roca. Trazó el círculo. Pintó escrituras

dentro y fuera, unidas a la circunferencia con sus fluidos. Cuando terminó estaba dentro, totalmente protegido, así que aguardó mientras *Candela* se volvía atraído por el hedor. No vio cuándo se quedó pasmado olisqueando, mas lo escuchó correr para enterrarle los colmillos mientras daba trancadas apoyado en sus manos.

«Te tengo, maldito hijo de puta», pensó el cavernario, y apuntó con su lanza antes de que la cuchilla del gul mordiese el aire.

Fue un blandido letal, casi imperceptible, pero Làusa se hizo a un lado y consiguió esquivarlo. Su lanza acometió con rapidez hacia delante.

Lástima...

Demasiado lento.

El gul echó cuerpo a tierra al penetrar en el sigilo.

«Mierda... ¿Por qué no funciona?».

«Tienes miedo. ¿Cierto?», pensó Làusa al ver los ojos de *Candela*, y fue cuando se distrajo.

«Carajo...».

Una punción en el tobillo lo hizo tropezar, y en cuanto agachó la cabeza ya era tarde. *Candela* mordía. Làusa quizo berrear, mas se contuvo. Si gritaba, vendrían más comecarnes y entonces Berliàc...

«No voy a rendirme —pudo decir— Hostia puta... ¡Muere, hideputa de mierda!».

Hundió la lanza con crueldad sin siquiera pensarlo. No vio dónde incrustaba, aunque golpeó duro hasta dar con el cráneo de la criatura. Clavó con fuerza en la coronilla y empujó hasta penetrar con un crac que le reventó la testa mientras la cosa se movía de un lado a otro, pugnando por zafarse. Las astillas de los huesos saltaron antes de que Làusa retirara la lanza para rematar a *Candela*, mas se detuvo al ver un trozo de cerebro encaramado en la punta. El gul, que parecía un cadáver con una plasta de carne en vez de cabeza, temblaba. El trozo de tobillo que le había arrancado a Làusa estaba incrustado en sus dientes, que aún sobresalían entre el amasijo.

«Coñazo», pensó Làusa, pero el precio de asesinarlo había resultado alto.

Dio un escupitajo antes de ver al muerto. ¿A cuántos gules había matado con ese? ¿Catorce o quince? No importaba. El ardor en la herida era tan punzante que lo obligó a tumbarse en un charco, y tras guardar silencio rezó para que *Mandíbulas* ni otros gules se acercasen.

«Esta puta herida va a pudrirse. ¿Por qué pollas tenía que ocurrir justo cuando los chicos me necesitan?».

Toda su vida se había entrenado en el arte del silencio, en cortarse y trazar sigilos para las cacerías, y aunque morir era destino de todo cavernario, nunca imaginó que ocurriría tan rápido.

«Olvídate de caminar y de volver a por Yòrovi. Esas cosas olisquearán tu sangre y vendrán a devorarte. Tampoco pienses que Tirador te aceptará en su comuna porque nadie quiere a los tullidos. ¿Dónde rayos anda Berliàc? ¿Dónde el cabrón de Crizna?».».

Tendrían que haber venido a ayudarlo, pero quizá buscaban a Tirador para volver con refuerzos. Tal vez lo recogerían después y...

«No... maldita sea».

Eran sueños de moribundo. El silencio se burlaba de Làusa con una sonrisa mellada. Si se dormía junto al muerto como una pesada piedra, al abrir los ojos seguiría a oscuras.

«Te abandonaron... —Esbozó una sonrisa al pensar en Crizna, mas lo olvidó al ver una silueta moverse en la oscuridad. Se acercaba con rapidez a grandes trancadas—. Sea quien sea ese hijo de puta viene a por mi. Juro que no me cargará tan fácil».

Empuñó la lanza, apoyó el regatón en el barro para afianzarla al suelo, y en cuanto la figura se arrojó sobre él a fin de fulminarlo quedó ensartada en un arma invisible y no gracias a la supuesta magia cavernaria, sino a la pura oscuridad. Làusa sostuvo al cadáver en el hombro mientras se recordaba que no era la primera vez que la suerte lo salvaba.

Después de que la sangre manchase su pecho, empezó a marearse. El cuerpo que sostenía podía ser de cualquiera: *Mandíbulas* u otro gul de las galerías o incluso un cavernario.

Bastaba con mirarlo de frente para saberlo, pero la pérdida de sangre mataba despacio a Làusa. Su respirar se ralentizó con pausas alargadas mientras sus ojos apuntaban a una oscuridad de la que no saldría nunca. Con un peso oscuro que se humedecía en su hombro se dejó caer sobre un charco y escuchó un eco prolongado, una especie de lamento que cantaba su nombre sumado a una blasfemia eterna. Alguien se acercaba. Un Hermano de Piedra. Justo cuando terminaba su cacería.

EL FIN NO HA LLEGADO

Si has leído todas las historias y te encuentras aquí, quiero que sepas que estos relatos no terminan con *La cacería* ni empiezan con *Espantajo*. Las siete historias que acabas de leer no forman ni una décima parte de todo el material que tengo escrito sobre *La balada del Nunca Amado*, así que seguiré publicando relatos en el transcurso de los años cueste lo que cueste en los formatos que sean. Mientras tenga algo que contar, mientras tenga algo que decir sobre este mundo no me importa quedarme sentado frente al ordenador el tiempo que sea necesario presionando teclas, así que puedes confiar en que seguiré en esto hasta que me pongan bajo tierra.

Si quieres decirme alguna cosa, sea lo que sea, si las historias te gustaron o no, incluso si piensas que son una puta mierda, me gustaría saberlo, así que puedes escribirme a juliocevasco@gmail.com o mandarme un mensaje por la página de *Facebook* de *La balada del Nunca Amado* (no olvides compartirla ni darle al botón *me gusta*). Incluso si quieres lucrar con estas historias en tu puesto de venta, si quieres ganarte algunos ricos duros, puedes hacerlo, aunque me gustaría que intercambiáramos algunas palabras por escrito, si no tienes miedo de conocer a alguien que cuando se mira al espejo se encuentra cara a cara con el diablo.

No te preocupes... se han dicho muchas cosas del diablo y del infierno, pero te puedo asegurar que ninguna es cierta. Seremos amigos.

JULIO CEVASCO
2 de julio de 2020

Contacto: juliocevasco@gmail.com

Facebook de *La Balada del Nunca Amado*:
<https://www.facebook.com/lbdna> (Compartan y denle a like)
😊

Facebook de Julio Cevasco:
<https://www.facebook.com/juliocevascoamigo>

Paypal: juliocevasco@gmail.com

Instagram: juliocalisthenics_sw